



Apuntes

PARA LA

Historia

DE

Manizales

Desde antes de su fundación hasta fines de 1913.

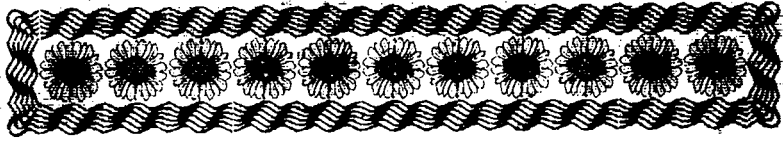
POR

José María Restrepo M.

1914

Imp. «San Agustín»





AL LECTOR

Presento al Departamento de Caldas y a Colombia una breve historia de Manizales desde el día en que el primer antioqueño holló con su planta andar este suelo, cobijado durante siglos por la selva virgen, hasta el tiempo en que se celebró pomposamente en esta ciudad el centenario de la absoluta independencia de Antioquia.

Abarca este relato un período de 79 años, lapso de tiempo en que se han desarrollado muchos y muy variados sucesos que han dado origen no sólo a esta floreciente ciudad sino a muchos otros centros de población, todos ricos y de risueño porvenir.

De dos partes consta esta historia: la primera me la refirieron los mismos fundadores de Manizales, que fueron además actores principales en la mayor parte de los sucesos que se refieren. La segunda parte, que comprende lo ocurrido de 1811 en adelante, la he tomado de documentos públicos, de narraciones de testigos presenciales perfectamente honrados y verídicos, y de acontecimientos que he presenciado yo mismo.

He querido ofrecer al público un cuadro sencillo y patente de cómo empezó a poblarse este Distrito, cómo ha marchado su pujante desarrollo y a qué estado de prosperidad ha llegado hasta hoy. Estos principios anuncian un porvenir de riqueza, cultura y poder, que seguramente influirán con gran ventaja en los destinos de este Departamento de Caldas, y aun en los de nuestra Colombia querida.

Quizá en ninguna región de nuestro suelo se ha evidenciado como en Manizales el benéfico influjo de las costumbres an-

antioqueñas y lo que pueden alcanzar las energías de esta raza, de empuje incontenible.

La organización perfectamente cristiana de la familia; el vigor de la raza, ejemplarmente prolífica; el espíritu emprendedor y la constancia en el trabajo; la moralidad de las costumbres y el ánimo enérgico para luchar contra la naturaleza brava y contra todos los peligros, son virtudes y cualidades que hacen del pueblo antioqueño, y por consiguiente del caldense, la más progresista de las gentes de Colombia.

El trabajo inteligente y perseverante de nuestro pueblo ha producido aquí maravillas que quizá no se ven en otras partes: esto de arrasar colinas, terraplenar abismos y lagunas, y convertir todo eso en elegantes habitaciones y barrios hermosos de la joven ciudad, parece privilegio del invencible manizaleño.

Espero que este trabajo merezca una benévola acogida de mis conciudadanos, si no por su mérito intrínseco—que es bien pequeño—a lo menos por la buena voluntad que he tenido de ser útil a mis compatriotas.

Manizales, Enero 22 de 1914.

JOSE M. RESTREPO M.



MANIZALES

PRIMEROS EXPLORADORES

I

FERMIN LOPEZ.

Por los años de 1834, un agricultor llamado Fermín López, que estaba establecido con su familia en un campo que él mismo había desmontado y cultivado, en el Distrito de Salamina, tuvo pleito con la Compañía de González y Salazar, dueña por capitulación de los terrenos comprendidos entre los ríos Pozo y Chinchiná, sobre la propiedad del lote que él tenía abierto; después de varios autos y trabajos judiciales, López entró en transacciones con la susodicha Compañía, y se terminó la cuestión por un arreglo o convenio por el cual aquel se comprometió a salir del territorio comprendido en los límites de la capitulación de González y Salazar.

Entonces López, en lugar de tomar la vía del Norte, hacia Sonsón o Abejorral, lugares en donde tenía su parentela, recogió, como los beduinos, su familia, ganados y todo el menaje de su casa, y emprendió marcha al través de las selvas y montañas que le quedaban al Mediodía, sin más guía que su valor ni más armas que sus instrumentos de labranza y su escopeta. Con el machete de monte en la mano se iba abriendo camino por entre las enmarañadas malezas de la selva secular, y detrás le seguían su mujer y sus hijos, de los cuales algunos de muy corta edad eran llevados a espaldas de peones en las silletas que nuestros montañeses usan para semejantes casos. Venían en seguida trillando la difícil vereda, las vacas con sus becerros, los bueyes con las cargas en que venía el tren de la familia, los cerdos, las gallinas en jaulas, y los perros, fieles compañeros

del hombre en todos los climas y en todos los trabajos.

Al declinar del sol, la extraña caravana hacía alto en el primer claro que se hallaba en medio de la espesura, y allí ponían todos manos a la obra: primero se descargaban los bueyes, en seguida se encendía una hoguera para preparar en ella la rústica comida del aduar, operación que quedaba a cargo de las mujeres, mientras que los varones se ponían a "improvisar un rancho" para que les sirviera de abrigo durante la próxima noche. En esta faena tropezaban a veces con una serpiente que los aterraba o con un oso que con sus bufidos hacía retumbar los montes; entonces el primero que descubría la fiera daba la voz de alarma, y todos los trabajadores corrían a perseguir y matar el fiero animal; a veces también encontraban con algún venado, el cual despachaba de un tiro de escopeta el más hábil tirador, o con una bandada de pavas, de las cuales derribaban dos o tres, y de esta manera se proporcionaban suculenta cena que devoraban alegremente en el rancho por la noche, después de rezar el rosario.

Al despuntar el día siguiente ya estaba todo el mundo en pie, y mientras las mujeres preparaban el desayuno de "chocolate de harina en cocos negros", recogían, fregaban y acomodaban los enseres de cocina, los hombres recogían los bueyes, los cargaban, preparaban las silletas para llevar los chicos, acomodaban todo su aparejo y se ponían en marcha después de haberse santiguado devotamente y pedido el auxilio de Dios para que amparase su marcha aventurada por entre la tenebrosa selva centenaria.

El rancho era abandonado, no sin ese secreto pesar con que se deja siempre el techo que nos ha protegido siquiera sea por una noche. La marcha se continuaba por entre el espeso y enmarañado bosque, al través de montañas, quebradas, valles y precipicios, teniendo a veces que improvisar puentes en los impetuosos y profundos torrentes, o vadear los ríos explayados. Entouces eran los sustos de la madre y sus encargos a los peones que llevaban los niños, las exclamaciones de te-

rror al menor traspie que daban y el contener la respiración anhelosa hasta que veía a sus hijos sanos y salvos en la opuesta orilla.

Así anduvo Fermín López durante muchos días hasta que llegó al río que hoy denominamos Guacaica y que él tomó por el Chinchiná. Después de atravesarlo resolvió buscar un lugar a propósito para fijar su residencia, y al fin se fijó en el paraje que actualmente se llama "San Cancio".

Inmediatamente se dedicó con sus compañeros, es decir con sus hijos, a desmontar un trozo de terreno y a construir habitaciones para la familia. Luego rozó el monte y sembró el maíz, cercó y sembró huerta para procurarse provisiones, y se dió a pensar en los medios de fundar una población en el lugar que había elegido para su morada y la de sus hijos.

Así pasaron tres años, al cabo de los cuales hizo un viaje a Salamina y refirió a un amigo suyo el lugar en donde se había fijado, creyendo haber salido de los límites de la capitulación de González y Salazar; pero como su amigo le preguntase sobre la dirección en que nace el río que López tomaba por Chinchiná, y éste se la hubiera indicado, el otro le contestó que él sabía que el Chinchiná nace de los mismos nevados del páramo de Ruiz.

Esta revelación fue un golpe terrible para López, quien conoció que había errado y que todavía estaba dentro de los terrenos que había prometido abandonar. Bien pudiera haberse quedado allí con la esperanza de que su paradero no sería descubierto, o de que se le cedería el terreno que había ocupado en la convicción de que se hallaba fuera de los límites de la capitulación referida; pero ese hombre, honrado al modo de los antiguos Romanos o de los hidalgos castellanos, se hizo la reflexión siguiente: "Estoy dentro de los terrenos que he prometido abandonar y ante todo debo cumplir mi palabra"; y sin más vacilación ni demora alguna tornó a su casa, recogió, como antes, su familia, le comunicó su resolución en vista del error en que había incidido, y se preparó a emprender de nuevo la marcha al través de los espesos bosques y de los ríos.

No vaciló en abandonar tres casas que tenía construídas, los sembrados que había plantado, las comodidades que ya se había proporcionado, y la esperanza de poseer el rico campo que había regado con su sudor. Recogió sus ganados y todo su ajuar, volvió a hacer cargar sus hijuelos en silletas, su menaje en bueyes, sus gallinas en jaulas, y armado de nuevo de su cuchillo de monte se fué abriendo camino al través de la selva impenetrable.

Este nuevo Moisés de las selvas bajó al Chinchiná por el pié del cerro de San Cancio, siguió el río abajo, trepó después a la colina del Tablazo y la siguió hasta su término, pasó el río por el lugar donde se hallaba el puente de San-Francisco hace veinte años, y se engolfó en la inmensidad de las vírgenes regiones que riegan los ríos Campoalegre, San Eugenio, Otún y otros.

Largos días anduvo vagando por aquellas tierras desconocidas y salvajes, hasta que al fin salió a Cartago, aquella turba-errante, en donde causó admiración a todos por el valor y constancia del Jefe.

López se dirigió rectamente al Gobernador de la provincia, residente entonces en Cartago, le refirió su larga y arriesgada peregrinación, le asombró con la narración de sus aventuras y, en fin, le pidió que le concediese licencia para fundar una población de antioqueños en territorio baldío. El Gobernador no sólo le concedió lo que pedía, sino que le dió noticia de que había al Norte de Cartago un campo donde en tiempos antiguos estuvo la ciudad de Cartago, fundada por el Mariscal Jorge Robledo, le dió guías que le condujesen a aquel sitio, y le ofreció su protección.

Fermín López llegó felizmente al lugar que hoy ocupa Pereira, abrió allí un terreno y estuvo algún tiempo en él con su familia, mas al cabo de varios meses, no satisfecho con las condiciones del suelo, pasó el Otún en dirección al Norte y llegó a un arroyo que bautizó con el nombre de Santa Rosa.

Allí hizo otra roza y otra habitación, pero encontró el terreno demasiado húmedo y cenagoso, levantó de nuevo el campo y vino por fin a fijarse en el lugar que hoy ocupa Santa Rosa de Cabal, aldea que fundó

con antioqueños, según su pensamiento largo tiempo acariciado.

En Santa-Rosa de Cabal descansan, pues, los restos de ese patriarca, venerable por más de un título. Primer explorador de estas comarcas, andaba por los montes con su familia; mas no a guisa de salvaje, sino como uno de los héroes de la conquista, a quien no arredaban ni peligros, ni penalidades, ni animales feroces, ni desiertos, ni privaciones de todo género. Era cristiano a derechas, honrado como Régulo, y valiente y resuelto como Jiménez de Quesada; y armado de su virtud, de su inquebrantable valor y de su cuchillo de montear, era capaz de arrostrar cualquier peligro y vencer cualquier obstáculo. Caracteres de acero son estos, cuyo molde parece haberse roto con el trascurso del tiempo.

II

PARAISO TERRENAL

En 1843, D. Joaquín Arango oyó decir a su padre en Abejorral, que deseaba venir a estas regiones del Sur en solicitud de una quebrada de que había oído hablar en Mariquita, como de una mina muy rica en oro, y que la tal quebrada debía de estar más allá del río Guacaica, o en sus inmediaciones. D. Joaquín hizo cuanto pudo por disuadir a su padre, ya viejo y achacoso, de una empresa que consideraba arriesgada en demasía para el anciano. Pero viéndole inflexible en su resolución, resolvió acompañarle en su viaje y trabajos de exploración.

Llegados al lugar donde hoy está Neira, que sólo tenía algunas casas dispersas, supieron padre e hijo que en el paraje de *el Guineo* había algunas personas trabajando una mina; allí se dirigieron y realmente hallaron varios mineros ocupados en lavar las arenas de una quebrada, de donde extraían algún oro. Pero aunque allí estuvieron algunos días trabajando y sacando algo, no habían tenido noticia de la quebrada en cuya solicitud venían.

Un día dijo D. Joaquín a su padre que quería pasar el río Guacaica y recorrer parte del territorio que está al Sur de este río, por si descubría la quebrada que buscaban. Al efecto, una mañana hizo que un peón le acompañase cargado de provisiones, y él, armado de escopeta y otras armas, atravesó el río por un puente que se procuró derribando un enorme árbol que crecía a la orilla en un lugar en que el río es estrecho. Tomaron una colina arriba y llegaron por la tarde a una altura que es la misma que hoy se llama *del cementerio viejo*. Como el bosque era altísimo, nada podían ver a lo lejos; pero D. Joaquín y su compañero derribaron un árbol, que al desprenderse quedó recostado en la bifurcación de dos grandes ramas de otro. Haciendo entonces del árbol medio derribado una escalera, trepó Arango a lo alto del otro árbol y fue sorprendido por el magnífico espectáculo que se desplegaba a su vista: en el confín del horizonte, hacia el Oriente, los imponentes nevados del Ruiz y Santa-Isabel tocando al cielo y apoyados por una serie de enormes montañas azules que se extienden al Norte y al Sur; al pié de esos empinados gigantes de los Andes, una inmensa extensión de bosques que parecían plantados en una llanura, pues la exuberante vegetación no dejaba percibir las ondulaciones del terreno; grandes manchas blancas salpicaban en toda su extensión esa magnífica selva, manchas formadas por las copas de innumerables *yarumos* blancos que denunciaban la fertilidad del suelo; el silencio de la soledad abajo y el silencio del firmamento arriba; despejado en partes el cielo, mostraba su bellissimo azul, y las nubes formaban grupos extraños en la vecindad de las montañas.

Admirado, encantado D. Joaquín de tanta belleza, llamó a su compañero, le ordenó que trepara a donde él se hallaba, y mostrándole el estupendo panorama que tenían delante, le dijo: "Mira, aquí debió de ser el paraíso terrenal".

Allí en ese mismo sitio pasaron la noche los dos cazadores en un rancho o tambo improvisado, y en esa misma noche formó D. Joaquín el proyecto de venir a establecerse en los feraces terrenos que acababa de ver.

Al día siguiente se volvió a donde estaba su padre, el cual le preguntó si había encontrado indicios de la quebrada que buscaban, a lo cual D. Joaquín respondió que no había visto quebrada alguna, pero que había encontrado un inmenso territorio que se asemejaba al paraíso terrestre.

Dominado por la idea que había concebido de venir a establecerse en el Edén que había visto, se fué a Abejorral y allí convidó a D. Antonio M^a Arango [alias Rico] y a D. Marcelino Palacio, cuñado de D. Joaquín, y los tres emprendieron viaje a recorrer los nuevos terrenos, que entonces se llamaban, lo mismo que los de Neira, con la denominación general de *Guacaica*.

En Salamina se agregó D. Nicolás Echeverri a la expedición, y en Neira se quedó D. Marcelino. Con peones para acarrear las provisiones, entraron los dos Arangos y Echeverri por el mismo camino que había seguido D. Joaquín, y recorrieron los bosques hasta llegar al sitio que habían ocupado las habitaciones de Fermín López en San Cancio, de las cuales ya tenían noticia. Este puesto escogió D. Joaquín para establecerse a trabajar, pero con el pensamiento de dejar su familia en Neira, en donde podrían vivir con menos incomodidades.

El atractivo de la novedad y belleza de los nevados, que se presentaban a su vista todos los días, infundió en los exploradores el deseo de visitar esas montañas y recorrer sus soledades como cazadores y mineros. Pero este proyecto fué aplazado para mejor ocasión, y los tres amigos volvieron a Neira por el mismo camino por donde habían venido.

III

EL PRIMER VIAJE AL RUIZ

En el mes de Julio de 1843, D. Marcelino Palacio, que entonces vivía en Arma (hoy Arma viejo), recibió una carta del señor E. Nicholls en que le convidaba para que viniese a acompañar al señor Carlos Deghenhard, alemán empleado en la mina de Marmato y hom-

bre de ciencia, a hacer una excursión al páramo del Ruiz. Palacio aceptó la invitación y se dirigió a Salamina, en donde debía encontrarse con el alemán, según la carta de Nicholls; en este lugar se halló, no con Mr. Carlos sino con Mr. Guillermo Deghenhard, hermano de aquel, que venía acompañado de D. Ramón Henao y de varios peones que traían víveres y varios instrumentos como barómetro, termómetro, higrómetro y algunos aparatos de agrimensura.

La expedición siguió por la trocha o sendero que conducía a Neira, y de allí por una *picca* abierta previamente para el alemán y sus compañeros.

Llegaron por esta senda al actual cementerio viejo y tornaron luego hacia el Chinchiná, precisamente por donde se halla hoy el camino que conduce a la aldea de María. Pasaron el río por el lugar que hoy ocupa el puente que comunica esta ciudad de Manizales con esa aldea, y subieron al *alto del Roble*; siguieron este estribo de la cordillera hasta llegar a las *sabanas*, y luego se dirigieron al cráter antiguo del Ruiz, pico que se distingue desde Manizales.

Desde su llegada a las altas sabanas del páramo se encontraron con varias partidas de ganado vacuno que había sido abandonado allí por sus antiguos dueños. Este ganado estaba ya en estado salvaje y era tan bravo que cualquiera res acometía furiosamente a toda persona que columbraba. Los toros particularmente, eran tan feroces que al percibir una persona a cualquier distancia que fuese, se lanzaban como el rayo y no había lugar de escapar de sus terribles cuernos sino trepando a un árbol, a una peña escarpada o a otro lugar elevado suficientemente para que el toro no pudiese alcanzar a él.

Después de haber visitado el cráter antiguo, que estaba y está simplemente apagado, D. Marcelino Palacio volvió a tomar el sendero que habían trillado ya, dejando a Deghenhard y compañeros, que continuaron explorando el páramo en varias direcciones y deleitándose con la vista de las mil preciosidades que contiene.

A fines del mismo año de 1843, el mismo Palacio

entró desde Neira por una senda que él mismo iba practicando, según la costumbre de nuestros mineros, con cuchillo en mano. Venía acompañado de D. Nicolás Echeverri y algunos otros, con peones y herramientas para trabajar minas de aluvión, que aquí se llaman *de oro corrido*. Llegaron los exploradores a una quebrada y la siguieron hacia arriba en una grande extensión, hasta que llegaron a una playa donde había dos árboles de *olivo* (árbol que da la cera de laurel), y por esa circunstancia denominaron la quebrada *de Olivares*.

Allí mismo empezaron a trabajar la mina, sacaron algún oro, aunque poco, y siguieron atravesando las colinas que demoran a la izquierda de la misma quebrada, y después de andar largo trecho llegaron a otra cuyo lecho, todo de granito, que aquí se llama maní, hizo que la nombraran *Manizales*.

Pronto se cansaron de buscar oro en esta última quebrada y se dieron a vagar por esas selvas en busca de una mina más rica, hasta que en su peregrinación dieron con los rastros que habían sido trabajados de Fermín López.

Salidos de allí, y tomando la dirección del Chinchiná, se extraviaron en el bosque y estuvieron a riesgo de perecer de hambre; dejaron abandonados los enseres de minería, no anhelando ya otra cosa que salir del laberinto en que se hallaban; al fin llegaron a la cueva del cementerio viejo y encontraron la senda o trecho que había sido practicada para la exploración de Deghenhard al páramo, y por ella salieron a Neira, donde ya había varias casas.

Esta exploración es anterior a la entrada de D. Joaquín y D. Antonio María Arango y D. Nicolás Echeverri, quienes hallaron los rastros de Fermín López por los informes que les dieron D. Marcelino Palacio y compañeros.

IV

LA PRIMERA EXPEDICIÓN AL RUIZ POR LA VIA DE MONTAÑO

Ya hemos dicho que D. Joaquín Arango había formado el proyecto de venir a establecerse en San-Cancio

a trabajar en la agricultura, después de haber visto la gran fertilidad del terreno que había ocupado Fermín López. En efecto, volvió a Abejorral, trajo su familia a Neira, allí la dejó y se internó de nuevo en estos andurriales a establecer su labranza en el lugar que tenía escogido. A mediados de 1844 quiso la señora D^a. Eulalia Palacio, mujer de D. Joaquín, venir a visitar la nueva posesión que su marido montaba. Dos días gastó en venir de Neira a San-Cancio por la trocha que entonces existía. Llegada a los tambos que en ese punto había ya, se obstinó en quedarse definitivamente a vivir allí, aunque D. Joaquín le hacía presentes las muchas incomodidades que tendría que sufrir; pero esa señora, verdadero tipo de la mujer antioqueña, amante de su marido y de sus hijos hasta el delirio, hasta el sacrificio, no vaciló en sacrificarlo todo por vivir al lado de su esposo para atender a sus necesidades, y se quedó a vivir en San-Cancio, a donde hizo traer sus hijos y su menaje.

Algunos meses habían pasado cuando la señora Palacio tuvo un ataque de cólico que puso su vida en peligro, por lo cual, una vez repuesta, se resolvió llevarla a Neira, temiendo que los ataques se repitiesen y que muriese sin confesión y sin los demás recursos de que tanto necesitan los enfermos.

Pero como ya se había resuelto, días atrás, hacer un viaje al páramo a conocer esas montañas, D. Joaquín se volvió de Neira a llevar a cabo su proyecto en compañía de D. Antonio M^a Arango, D. Victoriano Arango, D. Andrés Escobar, D. Nicolás Echeverri, D. Agapito Montaña, D. Genaro Arango y varios peones, llevando once bueyes con víveres, para traerlos del páramo cargados de carne, sebo y las demás cosas que encontrasen allí y pudieran serles útiles.

Ya D. Joaquín había empezado a trochar la vía que había de conducirlos por entre ese laberinto de montañas a la alta cima de ese páramo, que parecía atraerlos como una tentación, con todo el prestigio de la lejana grandeza, con la fuerza secreta de lo desconocido.

Emprendieron, pues, en Enero de 1845, su penosa marcha por el bosque, no hollado aún por planta huma-

na, atravesaron el Chinchiná por donde mismo pasa hoy el camino que conduce al páramo, y siguieron rompiendo el manto virgen de la montaña compuesto de arbustos, lianas, palmas y árboles de toda especie, siguiendo por regla general los lomos de las colinas y montes para dirigirse en la oscuridad de la selva y poder en partes divisar a lo lejos los puntos a donde creían conveniente encaminar sus pasos. De trecho en trecho construían tambos o ranchos para pasar las noches, y allí, en sabrosa plática, pasaban las veladas hablando de sus esperanzas, de sus trabajos, de sus familias, o contando anécdotas curiosas que los divertían. D. Joaquín, antes que sus compañeros se entregasen al sueño, entonaba el rosario y todos le acompañaban devotamente en su rezo, haciendo resonar por primera vez en esas soledades el augusto nombre de Dios, de su Verbo y de la Virgen Madre. Qué tierno espectáculo el que ofrecían esos hombres, fuertes como titanes, que arrostraban resueltos y atrevidos las mil penalidades y peligros de esas ásperas y desconocidas montañas, invocando humildes al Criador y a su Santa Madre en medio de la virgen naturaleza, despertando los ecos de las profundas cavernas con nombres no escuchados aún en esos senos, como si recordaran a esos gigantes andinos el nombre olvidado o ignorado de la Mano omnipotente que los sacó de la nada y los elevó a millares de metros sobre las olas del Océano para servir de atalayas mudos en la inmensidad!

En medio de esa dura faena y cuando más descuidados se hallaban, un propio vino a buscar a D. Joaquín de parte de D. Marcelino Palacio, que estaba en Neira, para anunciarle que doña Eulalia se hallaba gravemente enferma. Eran las tres de la tarde; D. Joaquín dijo adiós a sus compañeros en ese mismo punto, y no les valieron súplicas ni reflexiones de ningún género para persuadirle a que aguardase al día siguiente para tomar la fragosa vereda que conducía a Neira por el bosque oscuro. Tomó su morral, y acompañado del mismo peón que había venido a llamarle, se engolfó en la espesura a la vista de sus compañeros conster-

nados. Dos días se gastaban para hacer la travecía de San-Cancio a Neira, y este hombre excepcional resolvió atravesar esa distancia en la noche sin reparar en peligro alguno. Serían las ocho cuando Arango y su compañero trepaban la colina del cementerio viejo y alcanzaron a ver un resplandor extraño acompañado de sonidos de voces humanas. Cuando estuvieron en un punto de donde se alcanzaba bien a ver la hoguera que despedía la luz, D. Joaquín gritó con fuerza para preguntar quién había allí. Una voz conocida le contestó, le preguntó su nombre y el motivo de su nocturno viaje por aquellas breñas. Una vez informado de lo que deseaba saber, el dueño de la hoguera le llamó convidándole con un auxilio que consistía en unas mechas de cera de colmena silvestre con hilas, para que pudiese alumbrar el camino y evitar los mil peligros a que estaba expuesto en su marcha. D. Joaquín bajó y recibió agradecido el dón que le ofrecía de tan buena voluntad una mano amiga: era la de Mario Ceballos, que empezaba a abrir el monte allí para hacerse una casa y establecer labranza en el lugar donde hoy se cruzan las calles de la salida para la aldea de María y la llamada *de la cuchilla*. Casi en el mismo punto tiene hoy su morada la familia del finado D. Francisco Montes, padre de la poetisa antioqueña Agripina Montes del Valle.

Arango continuó a toda prisa su marcha, pasó el Guacaica por el puente que en otro tiempo le había echado él mismo, es decir por el tronco de un árbol, y llegó a Neira al día siguiente muy de mañana. Aunque la enfermedad de la señora no tuvo graves consecuencias, D. Joaquín no pudo seguir acompañando a los otros exploradores del páramo; y tuvo que resignarse a dejarlos visitar sin él esas llanuras frías, esos arenales extensos, esos jardines soberbios que entapizan el cuello del gigante de estas regiones.

En un lugar donde los viajeros habían resuelto pasar la noche, D. Agapito Montaña construyó un rancho para sí, y cuando ya lo tenía terminado, D. Genaro Arango quiso tomar puesto en él para dormir; pero Montaña le manifestó que no se lo permitiría porque

Arango no le había ayudado en nada para la construcción del albergue; hubo altercado entre ellos, y enojado Arango por la resistencia de Montaña, tomó una hacha y derribó el rancho para que no sirviera a su antagonista, ya que él tampoco podía gozarlo. El asunto tomaba aspecto muy grave; pero todos los compañeros intervinieron y pusieron en paz a los contendientes, quienes fueron alojados en los ranchos de los otros. Ese lugar se llamó de allí en adelante *Montaña*, y aun el camino todo tomó el nombre de *trocha de Montaña*.

Los exploradores faldearon la cordillera por una montaña oblicua que se desprende de la gran masa de los páramos; y al fin, tras largos días de continuo luchar con los tremendos obstáculos que les oponía aquella naturaleza, salvaje en grado sumo, llegaron a una sabana que denominaron *El Romeral*.

El primer animal que encontraron fué un enorme toro, que al verlos se quedó parado amenazándolos con la mirada feroz y las agudas puntas de sus largas astas. Genaro Arango le hizo un tiro con su escopeta, y habiéndole errado el golpe, el animal se lanzó como una flecha sobre él. Los compañeros se escaparon hacia un lado, y Arango apenas tuvo tiempo de trepar a un arbolillo que estaba inmediato; el toro furioso le buscaba al rededor de su improvisado asilo, y él llamaba a los compañeros para que le trajeran pertrechos, asegurándoles que era sencillísimo matar allí la fiera. Pero ellos se reían de su loca pretensión, pues quién habría sido bastante audaz para venir a traerle lo que pedía? Al fin azuzaron los perros, y el toro, por seguirlos, abandonó el puesto y dejó en libertad al cazador. Poco después el toro sucumbía a los tiros de los otros cazadores.

Un hecho curioso se veía entonces en esos lugares con frecuencia: los ciervos, que entonces poblaban esas soledades por grandes bandadas, no sólo no huían de la presencia del hombre, sino que se le acercaban con confiada curiosidad; sucedió a nuestros cazadores estar todos sentados en rueda para comer y descansar, y rodearlos más de diez de esos animales, la mayor par-

te hembras, acercándose hasta tres o cuatro metros de distancia, a mirarlos con atención como a bichos curiosos.

Era tanta la simpatía que les inspiraban esos animales tan mansos, que no quisieron matar sino uno o dos machos, dejando en libertad todas las hembras. Esto se explica por la grande abundancia de carne que les procuraba la caza de ganado vacuno, que era entonces de muy fácil logro por el gran número de reses que vagaban por aquellas heladas sabanas.

Diez días permanecieron los cazadores en el páramo, durante los cuales mataron gran número de reses vacunas y aprovecharon la carne, el sebo y las pieles. Recorrieron en varias direcciones las extensas sabanas, los arenales y breñas de aquellas altas regiones, encontraron una gran cueva denominada *cueva de Nieto*, y otra que llamaron *del Toro* porque servía de guarida a un formidable toro que por las noches se retiraba a dormir en ese lugar. Grandes pantanos cubiertos de una planta rastrera cuyas raíces se enlazan y forman un tejido tan resistente que puede soportar el peso de un hombre y aún el de un caballo; pero que al romperse abrían una grieta por donde podrían hundirse el hombre o el caballo o ambos hasta perderse del todo. Lagunas de diversos tamaños, con colores variados en sus aguas, pues las hay verdes, amarillas, rojas & grandes mantas de vistosas flores que parecen espléndidas alfombras vivas que la madre naturaleza tendiera a los pies del coloso de calva frente y blancos cabellos rígidos, para deleitar sus inmóviles miradas. Ni aves ni reptiles pueblan la encorvada espalda del monstruoso cíclope; pero en cambio, una cúpula azul tan ancha, tan alta y tan majestuosa como el cielo, le sirve de dosel.

Uno de los más intrépidos cazadores de esa partida era D. Antonio M^a Arango, el cual nunca disparaba su escopeta sin dar en el hito, ni se dejaba amedrentar por peligro alguno.

En esa expedición estuvo D. Victoriano Arango en un peligro inminente: habían perseguido un corpulento ciervo, el que después de herido y huyendo de los perros,

se lanzó por un precipicio y cayó muerto en un abismo de unos cien metros de profundidad, cuyas paredes son rocas tajadas casi a plomo. Los demás cazadores buscaron un rodeo para bajar a la cima a coger su presa, pero D. Victoriano prefirió seguir una especie de corniza, o como dicen los cazadores, *alacena de peñol*, creyendo que por ese camino llegaría más cómodamente al pie de las rocas; pero después de andar mucho por aquel aéreo camino, se halló con que la corniza se interrumpía y terminaba en una estrechura tal, que no le era posible continuar ni retroceder. A sus pies un abismo profundo que daba vértigo; sobre su cabeza la roca vertical, y al frente el negro laberinto de las rocas y montañas que se perdían en el remoto horizonte hasta tocarse con el azul del cielo; y él suspendido en esa punta de peña, inmóvil, imposibilitado para moverse, y amenazado de pulverizarse en las rocas del tenebroso abismo si intentaba dar un paso hacia atrás o hacia adelante! En esta difícil situación dió voces a sus camaradas para que le socorriesen, los cuales quedaron un momento helados de espanto a la vista de tan peligroso trance. Mas luego discurrieron trepar a la parte superior de las rocas y echarle fuertes cuerdas para que se agarrase de ellas, y con este auxilio pudo salir de tan grande apuro, volviendo el cuerpo del lado de donde había venido, y tomando para salir el mismo camino que para entrar. Aquello parecía una pesadilla!

Al fin volvieron los cazadores a descender del páramo por el mismo sendero que habían abierto para subir, y regresaron a Neira para descansar de sus pasadas fatigas. Neira era entonces, aunque despoblado, el punto de escala de todas las expediciones que se emprendían a estas tierras inhabitadas, que desde entonces despertaban vivo interés en todos los que las visitaban, y aún en los que sin visitarlas, oían hablar de ellas.

V

TERCERA EXPEDICION AL RUIZ.

Proyecto de camino al valle del Magdalena.

No bien establecidos en esta región D. Joaquín A.

rango, D. Antonio M^a Arango, D. Marcelino Palacio y D. Victoriano Arango, pensaron en buscar una vía que comunicase a Antioquia con el valle del Magdalena, para dar animación a esta comarca procurándole las ventajas del comercio.

Como sabían que la grande hacienda que había existido en el páramo, de la cual daban testimonio los ganados en estado salvaje que abundaban todavía en esa región, había pertenecido a individuos de la provincia de Mariquita, su primer pensamiento fué buscar el camino que servía a éstos para administrarla.

En consecuencia, resolvieron ir en solicitud de esa vía y pasar por ella a Lérída para traer por allí algunos artículos de comercio. No se les ocultaban las muchas penalidades que tendrían que sufrir en una larga travesía por entre las montañas ásperas y lóbregas, teniendo que arrostrar los intensos fríos de los páramos, las dificultades del terreno, las mil privaciones a que se verían sujetos, y las enfermedades a que se exponían. Pero esos obreros del progreso, verdaderos conquistadores de estas tierras, donde si bien no se presentaban hombres armados para defenderlas, sí se presentaban a cada paso los peligros que apareja una naturaleza salvaje, las vastas soledades pobladas de animales feroces, y los climas húmedos y malsanos de estas regiones intertropicales; estos hombres de hierro, decimos, no trepidaron ante ninguna triste perspectiva, y firmes en su propósito, resolvieron llevarlo a cabo por encima de todos los inconvenientes que pudiera oponerles la naturaleza.

Acordóse, pues, en Neira, volver inmediatamente a subir al páramo a tomar la vía antigua que conducía a las llanuras bañadas por el gran río Magdalena, operación en que esperaban ser auxiliados por todos sus vecinos. Aunque D. Marcelino Palacio y D. Victoriano Arango no hacían parte de la expedición, ayudaban con peones, que pagaban de su bolsillo, para que acompañasen a los exploradores.

Emprendieron el nuevo viaje al Ruiz D. Joaquín y D. Antonio M^a Arango acompañados de D. Manuel

Grisalez, D. Pedro Henao y varios peones con bueyes de carga en que pensaban traer del Valle algunos efectos comerciales por la vía que, no dudaban, encontrarían practicable.

Treparon a la cordillera, encontraron el ganado, mataron una o dos reses y se dirigieron rectamente a buscar el paso para el valle del Magdalena. Pero cuál sería su sorpresa cuando al acercarse al lado oriental de la montaña hallaron que una parte de los nevados se había desprendido de la cumbre, arrastrando a su paso cuanto había encontrado, y dejando un pavoroso ventisquero que dejaba ver hasta las vertiginosas profundidades del valle lejano. Allá a lo lejos se veían las rocas peladas en que terminaba el temeroso barrancó, a poco menos de una legua de distancia, y en medio de aquella ruina de una montaña colosal, las rocas medio contenidas en su descenso, atascadas en un lodo fétido y blando, que de cuando en cuando corría empujado por grandes masas de roca y descomunales témpanos de nieve que rodaban con fracaso y hacían retemblar el suelo como un terremoto. Alguna roca enorme, contenida un momento entre el lodo de aquel desquiciado monte, crugía repentinamente sobre su inestable soporte y empezaba a inclinar lentamente su monstruosa cabeza hasta que, desplomada, daba un espantoso vuelco y rodaba de abismo en abismo, haciendo rugir los ecos de aquellos montes solitarios, como un trueno redoblado, y yendo a llevar la muerte y el espanto a los apartados valles! Era el llamado *derrumbo* de Lagunilla que en 1845 causó estragos sin cuento en las márgenes de este río. La mitad de una gran montaña se desplomó sobre el valle, detuvo el curso del Lagunilla durante ocho días, fueron inundadas por las aguas y el lodo todas las haciendas existentes en sus márgenes con pérdida de muchas vidas y de valiosos intereses; hasta que al fin, **rotó** el dique por el empuje de las aguas contenidas, se lanzó aquel mar de cieno sobre el Magdalena causando estragos innumerables.

A la vista de aquel obstáculo, insuperable por entonces, se convencieron los viajeros de que les era imposible seguir adelante, y resolvieron permanecer algunos

días en el páramo cazando, bajar después hasta Neira y tomar el derrotero de Cartago, el páramo del Quindío, Ibagué y Lérída, para tomar la montaña por el lado del Oriente, buscarle un paso conveniente, y establecer la comunicación que proyectaban.

Entre las varias aventuras que corrieron en aquel viaje, es notable la siguiente: un día andaban, como de costumbre, cazando, D. Antonio M^a con su inseparable escopeta, y D. Joaquín armado de una lanza, más temible aún que la escopeta del otro, pues era tan hábil en su manejo, que llegó a atravesar con ella un veloz ciervo lanzándosela a larga distancia con tan certera puntería y violento empuje, que el animal cayó muerto y la lanza tenía pasado todo el hierro al lado opuesto de donde había entrado. Iban, pues, los dos compañeros, íntimos amigos y próximos parientes, en busca de caza, cuando divisaron un corpulento animal a cierta distancia; creyeron que podía ser un toro por lo voluminoso del cuerpo; pero como al bajar de un barranco donde estaba volvió las ancas para hacerlo, D. Joaquín dijo a su compañero que estaba convencido de que el animal era un oso, lo que D. Antonio dudaba al principio porque no creía que el oso alcanzase tamaña corpulencia. Al fin se acercó lo bastante para convencerlos de la verdad, y se hallaron delante del más desconocido oso que ojos humanos habían percivido en estos contornos. D. Antonio le disparó un tiro y lo hirió, pero no mortalmente; soltaron los perros, que lo atacaron inmediatamente y aunque el animal quiso huír, se encontró con un barranco que le cerró el paso; los perros lo rodearon y acometieron en todas direcciones, y al intentar treparlo, lo mordían de atrás y lo obligaban a descender. El animal se debatía furioso sin poder matar a ninguno de sus enemigos por lo pausado de sus movimientos y la lijereza de los perros.

La fiera se había quedado al pie del barranco y D. Antonio no se atrevía a hacerle otro tiro por no matar alguno de los perros que de todos lados lo tenían agarrado. Entonces D. Joaquín se acercó con su lanza y buscaba una oportunidad de herir el animal sin dañarlo.

a alguno de sus fieles sabuesos; el oso se mantenía sobre sus patas traseras y quedaba tan alto como D. Joaquín, que era hombre de alta estatura. No bien vió la bestia al cazador tan cerca, cuando procuraba desahucarse de los perros para arrojarse furiosa contra su adversario, los ojos le chispeaban, sus rugidos eran horribles y su aspecto aterrador; pero D. Joaquín, mirándole de hito en hito, acechaba el momento en que pudiera hundirle su lanza en el corazón. En un momento en que el oso se volvió de un lado para sacudir un perro que lo mordía, dejó descubierto uno de los blancos, y el avisado cazador le clavó la lanza por una paleta con tan furibundo golpe, que se la hundió hasta las entrañas. Al sentirse herida la fiera volvió con la velocidad del relámpago el hocico y mordió con tal ira el cabo de la lanza por contra la herida, que lo trozó perfectamente, como troza un hombre con los dientes un plátano maduro. Al impulso del oso sufrió D. Joaquín tal empujón que cayó de bruces muy cerca de su terrible enemigo; pero arrastrándose como una serpiente a toda prisa, logró apartarse un tanto; gracias a su ligereza, al embarazo que los perros le ponían y a la mortal herida que había recibido, el oso no pudo dar una dentellada al intrépido cazador, que habría sido triturado entre sus mandíbulas como cáscara de huevo. Como la lanza le había sido rebatada, y quedaba desarmado, quiso recobrar su arma; pero en eso vió que el oso se dejaba ir sobre uno de los perros y creyó que lo mataría; entonces, por haberse retirado el animal un poco del lugar donde estaba, y viendo el mango de la lanza en el suelo, creyó que estaría servible y fué a recogerla para herir de nuevo; mas al hallarse con solo un trozo de madera, y viendo el corte que los dientes del monstruo habían hecho en ella, comprendió lo que había pasado y dió voces a su inseparable compañero para que le diera una hacha con que defender su perro, hiriendo nuevamente la bestia; pero el hacha estaba en poder de otros compañeros que habían quedado lejos, y no había medio de acorrerle con ella; en ese instante notó D. Joaquín que el perro no se había desembarazado del oso y que éste estaba inmóvil con la cabeza con-

tra el suelo; se acercó con precaución y le dió un golpe con el trozo de lanza que tenía en la mano, y el animal no se movió; le asestó un segundo garrotazo, y quedó en la misma inmovilidad; entonces se tiró sobre él a horcajadas, lo tomó por la espesa melena y le alzó resueltamen la cabeza para quitarle el perro, que él creía moribundo entre las mandíbulas del monstruo. pero esa cabeza se alzó pesada e inerte con los ojos vidriados e inmóviles: el oso estaba muerto.

Llamaron inmediatamente a los compañeros para que les ayudasen a sacar su presa de una especie de zanjón en que había quedado, y seis o siete hombres que eran se vieron en grandes apuros para arrastrar el enorme bruto a un lugar algo más llano. Una vez sacado a campo cómodo para examinarlo de cerca y con detención, midieron sus dimensiones y quedaron asombrados. Las muñecas eran tan gruesa como los muslos de un hombre robusto; de la punta del hocico al nacimiento de la cola medía once cuartas (más de dos metros), y tenía nueve cuartas de grueso. D. Manuel Grisales lo desolló y sacó la piel, que sirvió después de objeto de admiración a cuantos la veían. Los señores D. Antonio María y D. Joaquín Arango, de quienes hemos escuchado esta relación, calculaban que este oso no podía pesar menos de cuarenta arrobas.

Al abrirlo para extraerle la lanza que le había quedado en el cuerpo, se halló que el hierro estaba fuertemente clavado en el esternón: tan violento había sido el bote de la certera lanza!

Cuarenta y cinco días permanecieron los intrépidos cazadores en el páramo aguardando a que el derrumbamiento del cerro cesara y les diera lugar de pasar; pero convencidos de que esto les era imposible, porque los témpanos de hielo, las piedras y el barro no dejaban de correr por aquel descomunal buzón, resolvieron volver a Neira para emprender su exploración por otra vía. Mataron solamente cuatro toros; pero era tal su corpulencia, que después de secar perfectamente las carnes hicieron nueve cargas de a cinco arrobas cada una, y una de cinco arrobas de sebo. Estas cargas se trajeron en los bueyes que habían llevado, y con ese botín

se volvieron a Neira a tomar aliento para continuar persecución de su empresa predilecta.

VI

VIAJE A IBAGUE Y LERIDA, Y PASO DEL PARAMO.

La nueva vía queda explorada y adoptada.

Quince días después de su llegada a Neira emprendieron marcha D. Joaquín y D. Antonio M^a Arango hacia Cartago con el objeto de pasar el Quindío y volver por Ibagué y Lérica a tomar la vía del Ruiz, según la determinación que habían formado de abrirse un camino al través de esa montaña.

Antes de partir pactaron con D. Marcelino Palacio y D. Victoriano Arango, sus asociados en la empresa, que el uno les daría un peón para que les acompañase en su viaje, y el otro [D. Victoriano] iría con bueyes y víveres al páramo a aguardarlos allí hasta el 25 de Mayo de ese año de 1845; que si en esa fecha no habían aparecido por allí, sería señal de no haber podido pasar, y que habrían tomado la vuelta del Quindío o la del páramo de Herveo.

Con estas precauciones, acompañados solamente de un peón y confiados en el auxilio de la Divina Providencia, con su valor nunca desmentido salieron, pues, esos dos hombres infatigables por un camino medio abierto entre los bosques, que conducía a Santa Rosa de Cabal, a mediados de Abril.

Después de pasar el Otún tomaron una senda o trocha, llamada de Condina, que conduce directamente a la aldea de Salento, llamada entonces Boquilla, en la provincia de Cartago.

En esa aldea dieron parte al Cura de lo que intentaban hacer, y éste, entusiasmado con la empresa, les dió una carta de recomendación para el Gobernador de la provincia de Mariquita.

Engolfáronse luego en la fragosa montaña y la atravesaron sin grave inconveniente para llegar a Ibagué, en donde fueron a verse con el Gobernador, que entonces era un señor Carvajal. Este los recibió muy bien,

alabó su propósito y les dió una comunicación escrita para el Alcalde de Lérida, D. Felipe Terreros, en la cual le encargaba que proporcionase a los viajeros las guías y recursos que necesitasen para llevar adelante su empresa.

El 3 de Mayo de 1845 salieron de Ibagué en dirección a Lérida. El Alcalde Terreros les dió por guía un Antioqueño llamado Manuel Hernández (por apodo *Palmas*) para que los condujese hasta un punto llamado *Boquerón*. En Lérida compraron varias mercancías, las cargaron en once peones que pudieron reclutar de antioqueños que andaban por ahí, y se internaron en seguida por el bosque oscuro, siguiendo a Hernández.

Ocho días anduvieron trochando por entre las selvas de esas montañas hasta que llegaron al Boquerón. De allí se devolvió Hernández y quedaron los viajeros entregados a sí mismos, sin víveres ya, pues las provisiones se habían agotado. Grande era la angustia de nuestros exploradores con el temor de perecer de hambre en aquellos desiertos, cuando D. Joaquín y D. Antonio, que andaban siempre adelante, vieron un ciervo de respetables dimensiones, pero a larga distancia; perseguirlo, no era operación fácil para unos hombres desfallecidos de hambre y de fatiga, que tenían además que adelantar su camino, pues era ese día el 24 de Mayo, víspera del último plazo que se había señalado a D. Victoriano para que los aguardase en el páramo; pero D. Antonio, confiado en lo certero de sus tiros, disparó su escopeta y el animal huyó a una hondanada. Al principio creyeron que el tiro había marrado, pero D. Antonio, que no acababa de convencerse de ello, siguió el rastro del ciervo y halló sangre en la huella, con lo cual cantó victoria y llamó a los peones, que pronto después sacaban la res de entre las malezas y con su carne se regalaban largamente.

Pero la carne del ciervo no bastaba a las necesidades de los viajeros, y no había más esperanza de auxilio que llegar al páramo donde D. Victoriano los aguardaba con provisiones. Mas el tiempo urgía, pues el día 25 de Mayo, plaso fatal, no habían logrado salir a la

altiplanicie, ni aún pasar el tremendo derrumbadero que enantes los había detenido cuando intentaron pasarlo de aquí para allá. Era lo más probable que cuando lograran salir a las sabanas aquende el derrumbo, ya D. Victoriano y compañeros habían dejado de aguardarlos, desesperados de encontrarlos por allí. Sin embargo, los dos Arangos tenían esperanza de dar alcance a su consocio aunque se hubiera devuelto el 26, pues sabían que llevaría bueyes y no podría andar aprisa.

Tomaron, pues, la resolución de dejar atrás los peones con los tercios en las inmediaciones del derrumbadero, y adelantarse ellos a pasar el peligroso barranco para ir en busca de los recursos que necesitaban, y volver luego a socorrer a los peones y ayudarles a salir del mal paso: esto era urgentísimo, pues ya el hambre empezaba a producir sus efectos.

Tomaron el camino las dos guías el 26 de Mayo, y como a las diez de la mañana llegaron al borde del tremendo barranco. Aquello era para helar la sangre a cualquiera que no fuese un valiente cazador de la talla de aquellos dos atletas: todavía estaba flojo el lodo, pues no cesaban de humedecerlo los manantiales que salen de las nieves; las profundidades de aquel abismo los aterraban y les daban la certidumbre de que si daban un paso falso se harían añicos en sus hondas cavernas; si miraban hacia arriba, las rocas y enormes témpanos de nieve parecían próximos a desplomarse sobre ellos y molerlos como a mariposas; si tendían la mirada al frente, la grande anchura del boquete y sus desiguales escabrosidades de piedras y barro movedizo no les dejaban casi esperanza de alcanzar a la apuesta orilla. Qué situación! Qué ansiedad! Pero no había medio de retroceder, ni nuestros cazadores eran hombres de echar pie atrás en circunstancias tales.

Entraron, pues, resueltamente en aquel peligroso paso y empezaron a andar trabajosamente, buscando con cuidado dónde poner los pies sin hundirse o rodarse. Ya habían alcanzado a una especie de oterillo saliente en medio de ese mar de lodo, y D. Joaquín, que

iba adelante, bajó con precaución a un punto que parecía resistente; pero no bien estuvo sobre él cuando sintió que se le corría el suelo bajo los pies; miró atentamente al piso y vió una angosta hendedura negra que se iba ensanchando gradualmente, pero con bastante prisa para ver por élla a breves momentos un abismo negro bajo su cuerpo; tomó un guijarro, lo echó por aquel boquete y aguardó a oír el ruido que haría al caer; al cabo de buen espacio de tiempo percibió el estruendo sordo de un cuerpo que cae con fuerza en un pozo de agua, al mismo tiempo que sentía faltarle el piso bajo los pies; estaba sobre una masa de nieve que se fundía y se deslizaba al mismo tiempo hacia el abismo! Aterrado por la inminencia del peligro, tendió la mano a su compañero, quien con esfuerzos sobre humanos logró hacerlo subir al puesto que él ocupaba, mientras el boquete se abría más y el suelo se iba deprimiendo visiblemente!

Alcanzaron a ver un poco hacia abajo un lugar por donde podían quizá atravesar el peligroso tragadero, y dieron por allí la vuelta con tales trabajos, que referirlos todos sería imposible. Mas pasado este primer peligro venían otros no menos serios y amenazadores: trepaban un barranco, y apenas habían dado dos pasos adelante cuando el terreno en que habían estampado sus huellas rodaba al abismo con estrépito, dejando una grieta profunda o un buzón casi vertical; a veces creían pisar en firme y se hundían hasta medio cuerpo, lo cual los llenaba de susto recordando la grieta que habían encontrado al principio; ya era a la parte de atrás donde sentían ruido, y al volver la mirada se hallaban con que un peñasco envuelto en lodo rodeaba donde por ellos acababan de pasar!

En este peligroso batallar los alcanzó la noche sin haber salido todavía del ventisguero, cuya anchura no alcanza a una legua, y habían entrado en él a las diez. No habían tomado alimento en todo el día, y los peligros no habían cesado.

Mas Dios, que vela siempre por sus criaturas, les deparó una noche de luna como el día, sin cuyo auxilio habrían perecido infaliblemente.

Por fin, a esd de las diez de la noche, tras indecibles peligros agravados por la noche, el hambre y el cansancio, lograron salir a tierra firme, dejando atrás aquel tremendo lodazal colgado sobre un abismo.

La sed los atormentaba, y el agua que encontraban estaba saturada de ácidos corrosivos que les despedazaban la boca. Llegaron a la llamada *cueva del Toro* y no se atrevieron a alojarse en ella temiendo al huésped. No habiendo podido llegar al sitio donde habían proyectado hacer noche, debido a la larga duración de la travesía (una legua escasa en doce horas!), determinaron acostarse al pié de una peña casi vertical; prendieron fuego y encendieron una buena hoguera; pero vino una ráfaga de viento y se llevó los tizones, dejando allí sólo las señales; así perdieron hasta la esperanza de calentarse, ya que no podían alimentarse ni apagar siquiera la sed. Se acostaron juntos para cubrirse con una misma manta, y apenas estuvieron acostados cuando otra racha les alzó el cobertor y lo extendió contra la peña; lo tomaron de allí y lo cuñaron con piedras contra el suelo por el lado expuesto al viento, y volvió el vendabal a botárselo con tal furia, que las piedras pasaron por encima de ellos. Tuvieron que cortar estacas y clavar con ellas la cobija en el suelo para lograr conservarla! Qué noche aquella, sin cena, sin agua, expuestos a los embates del huracán en aquellas regiones donde el termómetro centigrado marca a veces muchos grados bajo cero!

Al sonreír de la alegre aurora, que anunciaba un bello día, los dos viajeros se pusieron en marcha, ansiosos de saber de D. Victoriano, y temerosos de no encontrarle ya, por haberse pasado dos días el plazo señalado para el encuentro. Cuál sería su alegría al divisar, como a las diez de la mañana, los toldos que les anunciaban la presencia de sus fieles camaradas! Era como llegar a la tierra prometida después de las penosas marchas del desierto!

Dispararon la escopeta, y esa detonación fué contestada por una descarga de numerosas armas de fuego. Los gritos de contento precedieron a los abrazos y parabienes por haberse encontrado cuando ya no lo es-

peraban. Nuestros dos héroes se indemnizaron largamente de sus días de hambre con las abundantes y sabrosas provisiones que encontraron, y pasaron el día contentísimos en compañía de muchos amigos suyos que habían ido con D. Victoriano a aguardarlos allí.

Era necesario volver a socorrer a los pobres peones que habían quedado cerca del boquerón sin recursos y expuestos a los rigores del hambre desoladora.

El 28 muy temprano salieron del campamento para ir a cumplir ese deber sagrado; pero fué tan terrible la lluvia que se desató sobre ellos, acompañada de espesa niebla, que no pudieron pasar de la cueva del Toro, donde pasaron la noche todos empapados y ateridos de frío.

Al siguiente día se aparejaba D. Joaquín para seguir al encuentro de los peones y preguntó quiénes irían con él a acompañarle. Su fiel e inseparable compañero D. Antonio había enfermado, y los demás no tenían ganas de aventurarse con semejante tiempo en el temeroso camino que los dos exploradores acababan de pasar. Ninguna voz respondió a la invitación de D. Joaquín. Entonces él les hizo presente la terrible situación en que estaban esos pobres hombres y el deber en que estaban de socorrerlos; pero viendo que todos se disponían a tomar la vuelta del campamento, llenó una mochila con víveres de toda clase y terciándosela, tomó resueltamente el camino hacia el boquerón, mientras los otros desfilaban en sentido contrario. De cuando en cuando volvía D. Joaquín la vista para observar si alguno de sus amigos se venía hacia él. Por fin vió a D. Victoriano que dejaba a los demás y se volvía a alcanzarlo; se sentó D. Joaquín a aguardarle, y una vez reunidos siguieron juntos, atravesaron el tremendo ventisguero y llegaron a los desfallecidos peones, que experimentaron grande alegría al ver que les llegaban los auxilios de que tanto necesitaban.

El mismo día tomaron la vuelta, atravesaron el derrumbo y volvieron a alcanzar a sus compañeros, que todavía los aguardaban en el páramo. De

allí se adelantaron D. Joaquín y D. Antonio, dejando a los otros el cuidado de hacer llegar los bultos de mercancías, que de allí en adelante vinieron en los bueyes.

Venían los dos Arangos desalados por ver a sus familias y darles parte de la buena ventura que habían tenido en volver sanos y salvos después de tantos peligros y penalidades tantas.

Así quedó explorada la vía que comunica por el Ruiz esta ciudad con el valle del Magdalena, primer fruto de la poderosa pujanza del perseverante genio de la raza antioqueña en esta región meridional, prodigio de valor y de constancia de dos atletas, verdaderos agentes del progreso, que arrostrando todo género de peligros pusieron la primera piedra del edificio de la prosperidad de esta comarca. Cuánto no debe Manizales a estos hijos egregios, que son sus verdaderos padres! Esta fértil región antioqueña goza de grandes ventajas por las vías de comunicación que la ponen en contacto con el Tolima, el valle del Cauca y el centro de Antioquia. Esto le ha procurado el movimiento comercial que tanto la anima e impulsa por la vía del progreso. Los nombres de Joaquín Arango, Antonio María Arango, Marcelino Palacio, Victoriano Arango, Manuel Grisales y otros de sus compañeros, deben conservarse en la historia de Manizales con religiosa veneración; pero sobre todos, los dos primeros, que a su amor al progreso agregaron su personal esfuerzo, sus trabajos legendarios, como los del fabuloso Hércules. Manifestaron con hechos de bulto, con obras inverosímiles, el amor que les inspiraba la prosperidad de la Patria.

Jóvenes manizaleños! cuando miréis el retrato de alguno de esos venerables ancianos u oigáis hablar de él, descubríos! esos son los patriarcas fundadores de la interesante cuanto simpática y rica ciudad que os vió nacer, a la cual con orgullo llamáis vuestra patria.

VII

PROYECTOS DE ESTABLECIMIENTO DE UNA POBLACION EN MANIZALES Y FUNDACION DEFINITIVA EN ESTA PLAZA.

Era a principios de 1846, cuando ya Neira había

atraído considerable número de pobladores por la fecundidad de su suelo, los cuales no sólo se dedicaban a la agricultura sino que se esparcían en todas direcciones a explorar el terreno en busca de minas, salinas, sepulcros de indios, caza &c. Varios de estos nuevos pobladores, con el designio de aprovechar los terrenos situados al Sur del Guacaica, formaron el proyecto de establecer una nueva población entre este río y el llamado hoy Chinchiná.

Entre estos empresarios, eran los principales los señores Joaquín, Antonio María y Victoriano Arango, Marcelino Palacio, Nicolás Echeverri, Antonio Ceballos, Pedro Arango, Agapito Montaña, Nepomuceno Franco [alias Planchó], Manuel Grisales, Alejandro Echeverri, José Pablo Arias, Silverio Buitrago, Pedro Henao, Andrés Escobar y José María Pavas.

Una mañana salieron de San-Cancio estos diez y seis individuos en dirección al Oriente, a escoger un campo donde echar las bases de la nueva población, y como pensaban fundarla cerca de la quebrada de Manizales, resolvieron llamarla con el mismo nombre.

Llegaron a un alto que llamaron *del Perro* porque allí se les perdió uno de los perros que llevaban, probablemente extraviado en persecución de algún animal. De allí se dirigieron a lo que hoy se llama *La Enea y Tesorito*; en el día entero atravesaron desde San-Cancio hasta el otro lado de la quebrada, en donde pernoctaron. Al siguiente día llegaron a una explanada muy amena, y allí rozaron el monte para poblar. Recorriendo esos terrenos, todavía indecisos sobre el punto en que habrían de fijarse definitivamente, tuvo lugar un incidente que dió origen a un dicho o refrán muy vulgarizado después en Antioquia. "El que tiene miedo se encarama." Es el caso que un peón que servía de paje a D. Marcelino Palacio, vió venir a sí una corpulenta danta, perseguida por los perros, y aterrado se trepó a un árbol inmediato. Pedro Arango, que lo vió, le dijo: "Tiene U. razón, el que tiene miedo se encarama." Hizo esto mucha gracia a los otros y tomaron el dicho de Arango como refrán, el cual se divulgó por todas partes.

Estaban, pues, resueltos a poblar en *La Enea*; pero luego vino la reflexión de que ya existía una senda o vereda por donde las gentes transitaban de Neira a Santa-Rosa de Cabal y de allí a Cartago, y que la nueva aldea quedaría extraviada de aquella senda, y no podrían los habitantes aprovechar las ventajas que procuran siempre a las poblaciones las vías de comunicación; que si bien Manizales quedaría en la nueva vía explorada para Mariquita por el Ruiz, no sucedería lo mismo respecto de la que pasaba para Cartago, y que convendría colocarse en la intersección de los dos caminos.

Con tal motivo pensaron los empresarios en asentar la población en un lugar más próximo a la vía para el Cauca, y se fijaron en un puesto situado a las márgenes de la quebrada de Olivares, en las inmediaciones de lo que hoy se llama *Las Minutas*, hacienda del señor Wenceslao Uribe.

Contaban con sacar de Neira un camino que viniese a pasar por ese punto, y de allí trazar otro para Santa-Rosa.

Con este propósito emprendieron rozar el monte en el expresado lugar y trazar en él la plaza y las calles. Una vez limpio el suelo, o a lo menos derribado el bosque, se dieron a la tarea de cuadrar la plaza y marcar las calles, D. Joaquín Arango y el señor Enrique Flórez, maestro carpintero que hacía de agrimensor. Esto pasaba a principios de 1847; los nuevos pobladores tenían sus familias en Neira, con excepción de D. Joaquín Arango, que tenía la suya en San-Cancio. Así pues, ellos venían a Manizales, trabajaban un poco en su proyecto de establecimiento aquí, y volvían a Neira a cuidar de sus familias y de sus cosechas &.

En ese tiempo gobernaba la provincia de Antioquia el Dr. Mariano Ospina R., quien vino en visita oficial a Salamina; allí supo que en Neira se había establecido una nueva población, que los terrenos eran feraces y que esos establecimientos llamaban mucho la atención de los habitantes de todo el cantón Salamina (que así se llamaba entonces lo que después vino a llamarse provincia del Sur, antes de la erección del Departamento

de Caldas). Quiso, pues, venir a visitar a Neira, y en efecto así lo hizo. Estando en ese lugar tuvo noticia de esta región y de los proyectos que había de levantar acá una población con el nombre de Manizales. Entonces D. Marcelino Palacio, los tres Arangos, Antonio Ceballos y otros, fueron a suplicar al Dr. Ospina que viniese a visitar los decantados terrenos e inspeccionar las localidades. Le ofrecieron traerlo con todas las consideraciones y cuidados debidos a su alta categoría, y él resolvió partir acompañado de ellos; tomaron la vía de *El Guineo* y llegaron a la colina del cementerio viejo. Allí hicieron parada; se informó el Dr. Ospina de todos los puntos visibles del lugar donde se hallaba, de la dirección de los caminos embrionarios que existían &&. En seguida les dijo poco más o menos lo siguiente: “Señores, si ustedes fundan aquí una población que abrace los caminos que comunican la provincia de Antioquia con las de Cartago y Mariquita, y logran abrir buenos caminos de herradura, este lugar tendrá no muy tarde una grande importancia. Este punto puede llegar a ser un gran centro comercial, y el comercio es uno de los más poderosos elementos de prosperidad de las ciudades.”

Les hizo luego algunas preguntas y regresó con ellos a Neira, de donde volvió a Medellín.

Animados los pobladores por las predicciones del Dr. Ospina y convencidos de la vital importancia que tenía para la embrionaria ciudad el hecho de ser cruzada por los caminos del Cauca y del Magdalena, resolvieron definitivamente asentar la población en el lugar donde hoy está. No se les ocultaban los inconvenientes que tendría por la escasez de aguas y otras incomodidades; pero en cambio quedaría en el encuentro de dos caminos en que fincaban todas las esperanzas de futura prosperidad para la nueva patria que adoptaban. No persistieron en la fundación en Olivares por no tener medios pecuniarios bastantes para desviar el camino desde Neira a pasar por el sitio ya dicho y continuarlo hasta Santa-Rosa, ni poder contar con auxilios de los de Neira, quienes no querían dejar una vía recta y ya conocida, para cambiarla por otra más larga, sólo por

favorecer una nueva aldea de dudoso porvenir.

A mediados de 1848 se empezó, pues, a rozar el monte en el sitio que hoy ocupa la plaza principal, y se hizo lo que se llama «roza de comunidad,» en terreno ya ocupado por D. Manuel Grisales, a quien todos reconocían como dueño; pero él lo cedió gustoso para el área de población y ayudó a derribar el monte. La roza fue sembrada a principios de 1849 y se empezó inmediatamente la entrega de solares y construcción de casas.

Fué nombrado primer Juez Poblador D. Antonio Ceballos, quien procedió a repartir solares a los nuevos vecinos. No creían estos en la futura importancia de Manizales, a pesar de las predicciones del Dr. Ospina; así fué que trazaron la plaza de sólo sesenta y cuatro metros por lado, y las calles de igual longitud, con poco ancho, de lo cual resultó estrechura en los solares, como si solamente tuvieran pensado en fundar una aldehuela para agricultores y ganaderos, cosa que confesaban ellos mismos cuando ya vieron el crecimiento de la ciudad y su progresiva importancia, lo cual puso en evidencia lo mucho que erraron en sus primeros cálculos.

VIII

LOS TERMALES.

Desde 1844, época en que D. Joaquín Arango se estableció en San-Cancio, había llamado la atención de los cazadores un copo de humo que constantemente se alza de la vertiente del páramo, en medio de la selva negra que cubre los riscos sobre que se empina el imponente nevado del Ruiz. Este copo de humo que perennemente se ofrecía a la vista de Arango y sus compañeros, era objeto de varias hipótesis y conjeturas diversas: uno opinaba que el humo salía de una habitación de indios salvajes; otro, que de un cráter estrecho; pero nadie se había imaginado lo que realmente era y es.

En 1847, D. Elías González y D. Joaquín Arango habían sido nombrados directores de la empresa de apertura de la nueva vía que había de atravesar el pá-

ramo y conducir a Lérida; D. Joaquín opinaba que el sendero entonces existente, que pasaba el Chinchiná por cerca del pié del morro de San-Cancio, pasaba por la Florida y seguía por Montaña y Toldafría, debía desviarse a la izquierda, tomar un terreno más firme y una dirección más corta para subir al páramo; con tal motivo y con el propósito de ir a ver por sus propios ojos la causa del humo que sin cesar sale de aquellas breñas, convidó a algunos de sus amigos y compañeros de caza para que le acompañasen en esa exploración; pero todos se excusaron, unos por verdadera imposibilidad de ausentarse entonces, y otros por temor de engolfarse en esos montes sin saber lo que podrían encontrar en el punto de la humareda: temían que a ser aquello una habitación de indios, podrían los exploradores ser víctimas de las flechas envenenadas de aquéllos.

Viendo, pues, D. Joaquín que ninguno quería acompañarle, tomó dos peones, los cargó de provisiones y armado de su escopeta emprendió la marcha por en medio de la selva oscura. Fijó antes la dirección que pensaba seguir, e internándose en el bosque empezó a trepar cerros y atravesar torrentes. Pero equivocada la primera dirección, se halló, después de trepar a la cima de un alto monte, muy distante de su punto objetivo.

A los dos días de marcha, después de correr grandes peligros de perecer despeñados en los precipicios que encontraban, lograron llegar a un lugar inmediato a la humareda, de donde uno de los peones la descubrió primero en el fondo de una profunda quiebra; bajaron allá con mil trabajos y vieron que el humo salía del agua de una cascada que al caer se evaporaba, y que allí se sentía calor, cosa extraña en aquellas frías regiones. Tocó D. Joaquín el agua y la halló caliente, por lo cual comprendió que aquella era una fuente termal. Como tenía los pies y piernas llenos de heridas de las mil espinas e incomodidades de la vía que acaba de atravesar, se lavó con el agua de esa fuente, y al siguiente día estaba completamente deshinchado y sano. Más arriba de ese lugar descubrió otro copo de humo,

trepó allá sin dificultad, y se halló con una abundante fuente de agua termal que despide fuerte olor a azufre. Los peones se quejaron de que el hedor les causaba dolor de cabeza, y resolvieron ir a buscar un sitio donde pernoctar que estuviese a cubierto de los vapores de la fuente, la cual sospecharon que pudiera ser venenosa. Encontraron un árbol caído o inclinado casi horizontalmente, cubierto por encima de parásitas que formaban una especie de toldo; bajo él arreglaron sus lechos y allí pasaron la noche, no sin que un gran leopardo primero, y una gruesa danta después, les dieran sendos sustos a la mitad de la noche; pero D. Joaquín los auyentó con sólo preparar su escopeta para atacarlos, pues al ruido que hizo al moverse, los huéspedes del monte tomaron la fuga más que de paso.

Quedaba descubierta, pues, la fuente termal que hoy se aprovecha para la curación de muchas enfermedades. Quedaba también explorada una vía más corta y fácil para subir al páramo. Poco después, la Corporación municipal de Neira declaró adoptada esa vía para atravesar por ella el páramo con el camino para Léri-da.

Hé aquí por qué el camino del Ruiz pasa por el termal, y los que necesitan de él tienen camino expedito para llegar allá y recuperar la salud perdida.

IX

LA ERECCION EN DISTRITO.

En la segunda mitad del año de 1849, cuando ya se habían construído varias casas pajizas en la plaza y calles de la nueva aldea, la cual llamaban unos *Palestina* y otros *Manizales*, empezaba a llamar la atención por la feracidad de sus terrenos y porque ya empezaba a introducirse por el camino o trocha que conducía a Cartago, algún cacao del Cauca para el consumo en Antioquia.

Algunos vecinos de estos pueblos del Sur preveían que el comercio con la vecina provincia de Cartago y las otras del Cauca, daría animación a este pueblo fronterizo. Entre esos hombres previsores se contaba el

señor Mariano Ospina D., habitante de Salamina, que por ese tiempo era Diputado a la Cámara provincial de Antioquia. Estando reunida esa Corporación, el señor Ospina D., por insinuación de D. Marcelino Palacio y otros de los vecinos de esta nueva fundación, presentó el 16 de Septiembre de dicho año un Proyecto de Ordenanza por la cual se erigía en Distrito el nuevo caserío con el nombre de Manizales. Discutióse el proyecto, el cual encontró en muchos Diputados fuerte oposición porque nadie creía que la tal población ascendiese a nada; pero al fin fué aprobado, el 1º de Octubre con estos términos:

“ORDENANZAS:

creando el Distrito parroquial de Manizales en el Cantón de Salamina.

“La Cámara provincial de Antioquia,

usando de la atribución 21ª, artículo 3º de la Ley de 3 de Junio de 1848, orgánica de la administración y régimen municipal,

ORDENA:

“Artículo 1º. Se crea un Distrito parroquial denominado ‘Manizale’, cuyos límites serán como sigue: los que dividen la provincia de Antioquia de la del Cauca por el río Chinchiná hasta la Cordillera nevada del páramo del Ruiz; esta Cordillera hacia el Norte hasta los nacimientos del río Guacaica; éste abajo hasta su desagüe en el Cauca, y éste arriba hasta la boca del Chinchiná; (1) entendiéndose que el Chinchiná es aquel que queda al Sur de la Provincia y nace en lo más alto de la Cordillera del páramo del Ruiz.

“Artículo 2º. Será cabecera del nuevo Distrito el lugar en donde se hallase actualmente el caserío y capilla de Manizales.

“Artículo 3º El señor Gobernador de la Provincia

(1) Se ve que los Legisladores de entonces no estaban bien diestros en esto de la geografía de esta región. Más tarde, el general Codazzi, engañado por quienes tenían interés en ello, llamó Chinchiná el río que corre entre Manizales y María, siendo así que el verdadero Chinchiná es el llamado hoy *Río Claro*.

dictará todas las órdenes necesarias para la cumplida ejecución de esta Ordenanza.

“Dada en Medellín, a 1º de Octubre de 1849.

“El Presidente,

PEDRO A. RESTREPO ESCOBAR.

“El Secretario,

José M. García.”

Gobernación provincial de Antioquia.—Medellín, 12 de Octubre de 1849.

Ejecútese y publíquese.

El Gobernador,

JORGE GUTIERREZ DE LARA.

(L. S.

El Secretario,

Nicolás F. Villa.

En virtud de esta Ordenanza, el Jefe Político del Cantón Salamina, D. Benito Alvarez (la cabecera del Cantón estaba entonces en Sonsón), nombró los primeros individuos que habían de ejercer la autoridad en el nuevo Distrito. Estos fueron Antonio Ceballos, primer Alcalde; Antonio M^o Arango, primer Juez; Joaquín Arango, primer Procurador municipal. Los nuevos empleados debían comenzar a ejercer sus funciones el día primero de Enero de 1850, y así se verificó en efecto.

Fin de la primera parte.

JOSE M^o RESTREPO M.

MANIZALES

SEGUNDA PARTE.

I

La narración que precede, fiel historia de lo acontecido, fue tomada por el autor de este escrito íntegramente de los labios de los mismos sujetos que en ella

figuran, esto es de D. Marcelino Palacio, D. Joaquín Arango R., D. Antonio María Arango [alias el Rico] y D. Victoriano Arango, hermano del anterior. No es posible, pues, poner en duda ninguno de los incidentes de esta historia, que fue relatada por testigos oculares y actores en ella.

El día 1º de Enero de 1850 empezó la vida política de Manizales; en ese día, memorable por siempre, emprendió esta ciudad su carrera de progreso, carrera rápida, no interrumpida hasta ahora, la cual comenzó en una docena de chozas pajizas; y en sesenta años de continuo trabajar, ha llegado a la más alta categoría que han alcanzado las más famosas ciudades de Colombia, con excepción sólo de la Capital de la República.

En Colombia, esta ciudad ofrece un ejemplar sin precedente y quizá sin imitadores. Es una población excepcional en nuestro país, y si no temiéramos pasar por exagerados, diríamos que es singular.

Manizales no está a la orilla del mar ni de un río navegable, circunstancias que favorecen el comercio y la riqueza cuando los habitantes son industriales; y no obstante esto, ha tenido un desarrollo tan rápido como el de Puerto Limón en Costarrica, y más que el de Barranquilla, que es el puerto fluvial de mayor progreso que ha habido en nuestro país.

Los terrenos comprendidos entre el río Pozo y el Chinchiná habían sido adquiridos por una Sociedad colectiva denominada *González y Salazar* con residencia en Rionegro, en virtud de capitulación hecha en tiempos anteriores. Los pobladores de Salamina sostuvieron por largo tiempo un pleito con dicha Compañía sobre la propiedad de los terrenos ocupados y cultivados por ellos, pleito que tuvo desastrosas consecuencias, entre ellas el asesinato de D. Elías González en el puente de Guacaica en 1851, por dos bandidos pagados por Eduardo Agudelo de Salamina.

Los habitantes de Manizales, guiados por su excelente sentido práctico, quisieron desde el principio poner fin a la querrela, poseer tranquilamente los terrenos que estaban ocupando, y disponer en paz del fruto

de sus labores. Con tan laudable fin, celebraron con la mencionada Compañía un convenio amigable en Febrero de 1851. El Cabildo, encabezado por su primer Presidente, que lo fué D. Manuel Grisales, asistido del Dr. Manuel María Escobar, por una parte; y D. Ambrosio Mejía, en representación de González y Salazar, por la otra, formalizaron el contrato y lo elevaron a escritura pública. La Compañía donó al nuevo Distrito el área de población y algunos lotes de terreno para ejidos; y los manizaleños se obligaron a comprar los terrenos que habían ocupado, a un precio muy módico. Todo quedó arreglado y los colonos entraron en una vida de paz, trabajo y progreso, que ha causado asombro a cuantos han visitado este lugar o tienen noticia de él, sean extranjeros o colombianos.

En 1864, esto es a los catorce años de su fundación, se estableció aquí el Juzgado del Circuito comprendiendo solamente a Manizales y Neira. Esta fundación se hizo en virtud de la Ley 13 expedida por la Legislatura del Estado de Antioquia en 20 de Agosto del citado año, y sancionada el 23 del mismo por el inmortal Berrío.

Así iba elevándose rápidamente esta ciudad, y cada paso que daba iba poniendo en evidencia su indiscutible importancia, no sólo como entidad política sino como centro comercial por la ventajosa situación topográfica que ocupa, que la pone en contacto con los que fueron Estados Soberanos de Antioquia, el Cauca y Tolima, hoy Departamentos de idénticos nombres.

Esta notable circunstancia hizo que en 1876, cuando estalló la guerra civil de aquel año, se trasladase a esta plaza la Prefectura, que tenía su asiento en la ciudad de Salamina. De entonces en adelante Manizales fué la capital de la Provincia del Sur de Antioquia.

El comercio del Departamento de Antioquia con el del Cauca primero, con el del Tolima luego, y con el extranjero después, por Honda y el Magdalena, contribuyó poderosamente al rápido desarrollo de la riqueza.

za de este Distrito, y ha ido gradualmente aumentando la cultura social e intelectual de sus hijos.

Aquí se palpan los maravillosos efectos del trabajo honrado y perseverante. En veintiséis años de labor, fatalmente interrumpida por nuestras frecuentes guerras civiles, esta ciudad se levantó de en medio del bosque secular surgió con la humilde apariencia de una aldea, y se elevó gradualmente hasta señorear la región Sur de Antioquia como capital del Departamento (así se llamaban entonces las que hoy se denominan provincias), y alzó gallarda la cabeza y miró sonriente a sus hermanas del Sur, a todas impuso respeto y causó admiración por las excepcionales dotes de la raza que la ocupa, pues aunque toda es antioqueña, no sé qué carácter levantado, emprendedor y generoso se despierta en ella cuando se mira frente a frente de las altivas montañas del Oriente y las planicies ardientes reboseando de fertilidad al Occidente, y contemplando a los dueños seculares del paradisíaco valle del Cauca majestuoso.

La situación geográfica que favorece nuestro comercio, unida a la topográfica del campo que ocupa la ciudad sobre una colina que sirve de contrafuerte a la gran Cordillera central de los Andes, hace de Manizales una posición estratégica de primer orden en nuestro país. De aquí que siempre que ha ocurrido trastorno del orden público, esta ciudad haya sido presa codiciada de los beligerantes como lugar el más a propósito para dominar una inmensa extensión de la República y servir de base a operaciones militares de la mayor importancia. De aquí también que los campos que la rodean hayan sido teatros de sangrientos combates.

El Congreso de 1896 expidió, a moción del Dr. Tulio Ferrer, Representante por el círculo de Medellín, la ley N.º 113 de 16 de Noviembre, que creó el *Distrito Judicial del Sur* con cabecera en Manizales, y de aquí vino el establecimiento del Tribunal Superior, que desde el 4 de Abril de 1897 ha venido prestando los más importantes servicios a la administración de justicia en

esta región, y que ha contribuido a dar nuevo lustre a esta simpática ciudad.

Vino muy luego el proyecto de un nuevo Obispado en esta comarca, proyecto favorecido particularísimamente por el Excelentísimo Sr. Vico, Delegado Apostólico en Colombia, y fue erigida la nueva Diócesis por Su Santidad Leon XIII el día 11 de Abril de 1900 con su Sede episcopal en Manizales, y hé aquí a nuestra ciudad alzando la gallarda frente para mirar y tratar de igual a igual a las más favorecidas Metrópolis de esta Colombia amada, que ya empezó a mirar a esta hija como entidad de primer orden por todos conceptos.

El día 29 de Junio de 1902 fue consagrado el Presbítero Dr. D. Gregorio Nacianceno Hoyos primer Obispo de Manizales por el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Esteban Rojas, Obispo entonces de Neiva, hoy de Garzón, que vino expresamente a celebrar la ceremonia de la consagración, comisionado por el Excelentísimo Sr. Delgado Apostólico.

De este gran día en adelante, Manizales goza del alto honor de ser ciudad episcopal.

Ultimamente, después del lamentable desastre que arruinó a nuestra Patria; después de las dolorosas desgracias que pusieron a Colombia a punto de disolverse y desaparecer como nación, el Excelentísimo Presidente de la República, señor General Reyes, convocó una Asamblea nacional reconstituyente, y logró que se llevara a efecto el gran pensamiento que desde 1890 había concebido el inolvidable doctor Carlos Holguín, esto es la subdivisión territorial, para mejor atender a la provechosa administración de la cosa pública.

De aquí resultó la ley 17 de 10 de Abril de 1905, que creó el *Departamento de Caldas* con su capital en Manizales, y los de GALAN, HUILA, QUESADA Y TUNDAMA.

La noticia de la expedición de esta Ley fue recibida aquí con muestras del mayor regocijo, porque se comprendió desde luego que la categoría de capital de De-

partamento agregada a la de Sede episcopal, era la realización de las aspiraciones nacidas muchos años atrás, y el coronamiento de legítimas esperanzas acariciadas durante una larga época de nuestra historia.

El día 15 de Junio de 1905, señalado por el Excelentísimo señor Presidente de la República para la instalación del Gobierno del nuevo Departamento, se verificó este acto con gran solemnidad.

Lo primero fue una misa solemne celebrada en la Catedral a las ocho de la mañana, a la cual asistieron el nuevo Gobernador, señor don Alejandro Gutiérrez, los dignatarios nombrados por él para ser sus colaboradores, todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la ciudad y los representantes del Gobierno nacional y de los Departamentos limítrofes.

A las doce del mismo día, el señor Gobernador se presentó, acompañado de los nuevos empleados y de una numerosa concurrencia, ante el Tribunal Superior de este Distrito judicial, y el Dr. Silverio Arango, Presidente de esta alta Corporación, le recibió el solemne juramento legal.

De allí se encaminó la concurrencia de nuevo a la Catedral para asistir a un magnífico *Te Deum* cantado por el Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis, asistido de todo el clero de la ciudad y del Seminario.

RESUMAMOS:

- 1847. Derribado el primer árbol de la selva que ocupaba el campo donde después se fundó Manizales.
- 1850. El caserío de Manizales erigido en Distrito parroquial.
- 1864. Manizales cabecera de Circuito Judicial.
- 1876. Manizales capital del Departamento del Sur de Antioquia, después provincia del mismo nombre.
- 1896. Manizales cabecera del Distrito Judicial del Sur, con Tribunal Superior de justicia, Juzgado Superior &.

*1900. Manizales Sede episcopal de la Diócesis del mismo nombre.

1905. Manizales CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE CALDAS.

II

El Departamento de Caldas figuró entre los de Colombia desde el 15 de Junio de 1905 hasta el 30 de Septiembre de 1908, cuando en virtud de la ley N^o. 1 de 1908 se estableció nueva subdivisión territorial.

Del 1^o. de Octubre de 1908 en adelante, este Departamento continuó con el nombre de DEPARTAMENTO DE MANIZALES, habiéndosele agregado los municipios de Salento, Filandia, Calarcá y Armenia, separados del Departamento de Buga por Decreto ejecutivo N^o 916 de 31 de Agosto de 1908.

La Asamblea nacional, por ley N^o. 65 de 14 de Diciembre de 1909, dispuso la reintegración de los antiguos diez Departamentos de Colombia, existentes hasta 1905, y que podrían subsistir, de los últimamente creados, los que comprobasen tener una población no menor de 150,000 almas, una renta anual que no bajara de \$ 150,000 oro, y cuya permanencia fuese solicitada por las tres cuartas partes de los vocales de los Concejos municipales.

Esta ley fijó el día 1^o. de Abril de 1910 como término fatal para que antes de él se presentasen ante la Comisión Legislativa nombrada al efecto, los expedientes que acreditaran la legalidad de las pretensiones de los Departamentos aspirantes al reconocimiento del Gobierno como entidades integrantes de la República.

El Poder ejecutivo reglamentó el cumplimiento de esta ley, por Decreto número 15 de 17 de Enero de 1910.

Como dicha ley 65 ponía en evidente peligro la existencia de esta entidad política, por cuanto se presentaban resistencias no despreciables, puestas por los cabecillas de algunos municipios, como en Pereira, Riosucio, Anserma, y otros, los habitantes de Manizales en

traron en una lucha reñidísima contra los elementos disidentes. Se reunió una Junta de notables, se discutió sobre los medios que deberían emplearse para alcanzar el deseado fin, y se nombró una Junta encargada de entenderse con todos los Concejos e inducirlos a pedir la subsistencia de nuestro Departamento. Esa Junta fue provista de suficiente dinero para toda clase de gastos. La bréga fue ruda y larga; pero al fin, antes del plazo fatal, se envió a Bogotá el expediente con lújo de comprobantes sobre población, que pasaba de 200,000 habitantes; de rentas, que montaban a más del doble de lo exigido por la ley; y de una mayoría de vocales de los Concejos, que pasaba de las tres cuartas partes.

La Comisión legislativa, en vista de tan pomposo expediente, rindió ante el Poder Ejecutivo informe favorable a la subsistencia del Departamento de Manizales.

El Presidente de la República, general González Valencia, por Decreto N.º 340 de 16 de Abril de 1910, declaró el restablecimiento legal de nuestro Departamento, le restituyó su nombre de CALDAS con su capital en Manizales, y hé aquí a nuestra cara ciudad a la cabeza de este rico, industrial y progresista Departamento; y así permanecerá, Dios mediante, mientras Colombia subsista constituida como lo está en la actualidad.

III

En Febrero de 1909 se estableció en esta ciudad la Escuela normal de varones, establecimiento que desde entonces funciona con regularidad y gran provecho. Los exámenes anuales han sido lucidísimos y varios jóvenes han alcanzado ya, en 1912 y 1913, diplomas de Maestros.

Además, desde los primeros días del año de 1910, el progresista Gobernador del Departamento, general Ramón Jaramillo R., estableció la Escuela normal de señoritas, a cargo del Tesoro departamental. El resultado de las tareas ha sido, desde el primer año, primo-

roso. Este Instituto sigue su marcha progresiva con regularidad, y ya en 1912 obtuvieron varias señoritas, sus diplomas de Maestras con gran lucimiento.

Estas dos escuelas modelos, que prometen los más sazonados frutos para el progreso de la instrucción pública en el Departamento, han empezado ya a dar excelentes muestras de cultura y adelanto en las escuelas públicas, y son un nuevo timbre de honor para la joven ciudad.

IV

Cuatro Gobernadores ha tenido este Departamento en los ocho años que lleva de existencia.

1º D. Alejandro Gutiérrez, a quien tocó el honor de instalarlo y organizar la administración, permaneció cuatro años gobernándolo, desde el 15 de Junio de 1905 hasta el 24 de Junio de 1909, cuando por renuncia que hizo irrevocable, entró a reemplazarlo el Dr. Marcelino Arango.

2º El Dr. Arango, nombrado por el Presidente de la República, Dr. Jorge Holguín, en Decreto N° 593 de 17 de Junio de 1909, duró dos meses, desde el 24 de Junio en que se posesionó, hasta el 23 de Agosto del mismo año, cuando fue reemplazado por el general Ramón Jaramillo R.

3º El general Jaramillo R., nombrado por el Presidente de la República, general Ramón González Valencia, en Decreto N° 64 de 23 de Agosto de 1909.

Después de posesionado de la Presidencia de la República el Dr. Carlos E. Restrepo, y luego que la Asamblea nacional elausuró sus sesiones, el general Jaramillo volvió a obtener el nombramiento de Gobernador. Continuó en su alto empleo hasta el mes de Septiembre de 1912.

4º El Dr. Emilio Robledo, nombrado por el Presidente Dr. Carlos E. Restrepo por Decreto N° 895 de 19 de Septiembre de 1912, gobierna actualmente el Departamento con general beneplácito y con espíritu amplio y progresista.

El día 1º de Marzo de 1911, este Departamento puso el sello a su autonomía con la reunión de la primera Asamblea de elección popular. Quince Diputados, animados todos de los más puros deseos del bien público, trabajan cada año incansablemente por dar al Departamento Ordenanzas que le hagan progresar, dando vida a los municipios y atinado impulso a todos los ramos de la administración pública.

La perspectiva que ofrece el porvenir del Departamento de Caldas es halagüeña en todos sentidos: una población inteligente, sana, activa y industriosa, dueña de una comarca de ubérrima fertilidad, rica en minerales de oro y plata, salinas &; con extensas selvas abundantes en toda especie de productos vegetales; con un gobierno que pone todo su empeño en mejorar la instrucción pública y las vías de comunicación, con activo comercio interior y exterior, con industria pecuaria floreciente, agricultura que se desarrolla con rapidez; un pueblo con semejantes condiciones y morigerado además, está llamado a figurar, en no lejana época entre los más florecientes y ricos de nuestra amada Colombia.

El centenario de la gran revolución de 20 de Julio de 1810 fue celebrado aquí con inusitada solemnidad en los días 15 a 24 de Julio de 1910.

El 20 de Julio de 1810 se verificó en Bogotá una terrible sacudida del pueblo de la Colonia, que conmovió hasta los cimientos el poder de la Metrópoli y desquició la dominación española. En ese día, por siempre memorable, se desvaneció el prestigio que fascinaba los espíritus con el brillo deslumbrador de la corona de Castilla, brillo que acababa de deslustrarse en las sienes de Carlos IV y había sido hollado bajo el férreo tacón de las botas militares de Napoleón Bonaparte.

Los pueblos de la Colonia se sintieron desligados del juramento de obediencia a sus antiguos reyes, y asumieron su soberanía. El movimiento convulsivo de la capital se comunicó con la velocidad del rayo a todos los ámbitos del país, y todo el territorio se agitó como aquejado de una corriente galvánica.

Los años pasaron, la guerra se encendió cruel y sostenida durante catorce años, la independencia se logró a costa de torrentes de sangre y sacrificios incontables; las desastrosas guerras civiles, que destrozaron las entrañas de la Patria, duraron casi un siglo; acababa de cerrarse la era sangrienta de esas orgías bárbaras y parricidas, y la República entraba en una época de paz que tenía y tiene todas las apariencias de indefinida duración.

Entonces llegaron los días del centésimo aniversario de nuestra gran revolución nacional, que dió por resultado la existencia de Colombia como nación soberana, y era justísimo el regocijo con que en toda la Nación se prepararon los más entusiastas festejos para celebrar tan fausto y trascendental suceso de nuestra historia.

Manizales, ciudad joven, y como tal generosa y entusiasta, se esforzó por mostrarse digno del alto puesto que había alcanzado en los cortos años de su brillante existencia.

Misa solemne y *Te-Deum* en la Catedral; exposición artística, industrial y pecuaria; paseo cívico con carros alegóricos, juegos florales, inauguración de la Escuela normal de señoritas, veladas literarias en los colegios, apertura e instalación de la Biblioteca y el Museo del centenario, instalación de parques, inauguración del nuevo hospital y muchos y variados festejos; todo decorado con retretas, alboradas, salvas de artillería, fuegos de artificio &c. Todo ello llenó de alegría y gran animación los diez días que duraron los regocijos públicos, sin un desorden, sin una voz discordante, sin nada que desdijera de la cultura de este pueblo mongerado, trabajador y patriota.

V

La posición geográfica de Manizales, según Codazzi, es esta: 1° 23' 10" longitud occidental del meridiano de Bogotá, y 5° 6' 15" latitud N.

Pasa el sol por el paralelo de esta ciudad en los días 10 de Abril y 2 de Septiembre de cada año.

Quando son las doce en Bogotá, son en Manizales las 11 h 54' 28" muy próximamente.

La altura de Manizales sobre el nivel del mar, según el mismo Codazzi, es de 2,140 metros. El gran nevado del Ruiz está, según M. Boussingault, a 5,600 metros sobre el mar. Así pues, la cima de esta gigantesca montaña se halla a 3,460 metros de altura vertical sobre la plaza de esta ciudad.

La temperatura media anual aquí es 17° centígrados o sea 30°, 6 de Farenheith, y 13°, 6 de Reaumur.

La población de Manizales, según el censo de 1912, es de 34,720 habitantes. La constante inmigración que se nota, afluyendo a este centro gentes de todas partes, produce un rápido aumento que hará llegar el número de habitantes de este Municipio a 50,000 antes de diez años.

Dista Manizales de la capital de la República 26, 5 miríametros; de Medellín, 16, 5 miríametros; de Honda, 13; de Cartago, 7, 5; de Popayán, 43; de Ibagué, por la vía de Pereira, y el Quindío, 15, 5; y de Cali, 27.

El área de población es un círculo de unos 700 metros de radio y abarca unas 154 hectáreas.

En la ciudad se edifican casas en gran número incesantemente, de manera que el crecimiento es visible y tan rápido que admira. Además de la Iglesia Catedral y el Seminario Conciliar, hay dos templos en construcción y cuatro capillas.

Hay también un hospital, un asilo de huérfanos y otro de indigentes.

Dos edificios hay de propiedad de la Nación: la casa donde despacha el Tribunal Superior de Justicia, en la cual se hallan también la fiscalía del Tribunal, el Juzgado superior del Distrito y tres juzgados del Circuito; y el cuartel, extenso edificio situado a extramuros, a la parte de Oriente, donde se aloja un abundante

parque guardado por un batallón del Ejército nacional.

El Departamento tiene en la plaza de Bolívar un magnífico y extenso palacio donde se hallan las oficinas de la Gobernación y las demás departamentales, con más el salón de la Asamblea. (1)

También son propiedad del Departamento la magnífica cárcel del Circuito y el grande hospital de caridad—de que ya se habló,—ambos terminados en 1910 para celebrar el Centenario de nuestra independencia nacional, y el Colegio universitario, magnífico extenso edificio, capaz para alojar mil alumnos.

Tiene el Municipio otros grandes edificios: la plaza de mercado cubierto, dos casas de escuelas, y además una que ocupa la escuela industrial. Hay también un matadero público.

Hay en la ciudad un Instituto universitario, dos Escuelas normales, una de varones y otra de señoritas, un colegio oficial de señoritas, y dos escuelas primarias, una de niños y otra de niñas; tres colegios privados de varones y cinco de señoritas, fuera de varias escuelas elementales privadas, tanto de niños como de niñas.

En los campos hay tres escuelas públicas de varones, tres de niñas y quince alternadas.

El número total de matriculados de ambos sexos en los colegios y escuelas públicas de la ciudad es de 1774; y en las rurales, 1540. Total. 3314. En los establecimientos privados de la ciudad y de los campos, 1192.

Existen actualmente en Manizales dos Bancos de giro y descuento. El promedio del interés del dinero es el $1\frac{1}{2}\%$ mensual.

En 1899 se instaló en la ciudad el servicio telefónico.

El día 9 de Mayo de 1905 quedó la ciudad alumbrada con luz eléctrica.

(1) Tiene también el Departamento una Biblioteca pública y un museo, instalados el 22 de Julio de 1910 al celebrarse el centenario de nuestra independencia nacional.

Hay en la ciudad los siguientes, establecimientos de artes y oficios:

- 36 Carpinterías y ebanisterías.
- 8 Cervecerías.
- 2 Chocolaterías.
- 10 Dentisterías.
- 1 Taller de Escultura.
- 3 Fundiciones.
- 5 Fotografías.
- 20 Herrerías.
- 4 Hojalaterías.
- 6 Imprentas.
- 3 Fábricas de kola.
- 1 Molino de trigo (sistema americano).
- 13 Panaderías.
- 35 Peluquerías.
- 5 Platerías.
- 6 Relojerías.
- 25 Sastrerías.
- 16 Talabarterías.
- 1 Telar
- 5 Trilladoras de café, cuatro de sistema hidráulico y una movida por fuerza eléctrica.
- 15 Velerías.
- 40 Zapaterías.

Para el acarrero de cargamentos de mercancías de Mariquita a esta plaza al través de las montañas y para el transporte de los efectos de exportación, hay en las dehesas de Manizales unos ocho mil bueyes; y para el acarreo de víveres, materiales de construcción &c., pueden calcularse unos dos mil, lo cual hace un total de diez mil bueyes de carga, muy próximamente.

En 1913 entraron a esta plaza 1877.135 kilogramos de mercaderías extranjeras por la vía de Mariquita. De los cargamentos de cacao, tabaco, anís &c. de los Departamentos del Sur, y de los de mercaderías manufacturadas en el país, no hemos podido obtener datos precisos, ni siquiera aproximados; pero los números son grandes. También hay varios negociantes que sur-

ten sus almacenes con mercaderías compradas en Medellín y en Cali:

La exportación de café salido de esta plaza en 1913 fue de 72,576 sacos.

También se exportaron 20,188 cueros de res.

La exportación de oro extraído de las minas de estos contornos en el mismo año, fue de unas 2,400 libras.

VI

El día 30 de Abril de 1911 se erigió la estatua del sabio CALDAS en el parque antes denominado de *Sucre* y que hoy lleva el nombre del gran Mártir de nuestra independencia, gloria de las ciencias y egregio ejemplar de virtudes públicas y privadas.

En Febrero de 1912 se presentaron en esta ciudad el señor Teodoro Salvisberg y otro alemán, ingenieros, a tomar datos topográficos, medir la distancia de aquí a Mariquita y explorar la vía para emprender trabajos en la obra de un ferrocarril funicular aéreo, emprendido por Mr. N. Miller, socio de una Compañía inglesa. Tal cable está destinado a servir de vehículo de transporte, para los cargamentos del comercio de importación y exportación de esta ciudad. Los trabajos han continuado de entonces acá y están ya muy adelantados. Antes de tres años tendrá Manizales un ferrocarril aéreo que nos comunicará con el río Magdalena y con el exterior. La interposición de la gran cordillera central de los Andes hace que éste sea, por ahora, el único medio rápido y barato, de comunicación de nuestra ciudad con el gran río, arteria principal del comercio de Colombia. Y aunque este cable no es a propósito para el transporte de pasajeros, no deja de ser un gran paso en el progreso y una ventaja enorme para el comercio, que tomará un vuelo altísimo en este importante centro de negocios.

En el día once de Agosto de 1913, centenario de la proclamación de la absoluta independencia de Antioquia, decretada por el inolvidable Dictador D. Juan B.

del Corral, debían celebrarse entusiastas y solemnes festejos en el Departamento de Antioquia por tan fausto acontecimiento. El Departamento de Caldas, que se honra con ser de origen antioqueño, quiso tomar parte activa en las fiestas centenarias, y lo hizo con júbilo entusiasta.

En los ocho días comprendidos entre el 10 y el 17 de Agosto, se hicieron festejos dignos del asunto que se conmemoraba, y el pueblo manizaleño se exhibió, como siempre, moderado, culto y alegre, conmemorando la gloriosa fecha en que la madre Antioquia dió ante la Nación y el mundo el grito de "independencia o muerte!" para arrostrar aquella lucha titánica, heroica, que vino al fin a parar en dotarnos con Patria libre, independiente y soberana.

Hubo el día 11 misa pontifical y *Te-deum* con asistencia de todo el clero secular y regular, todas las autoridades civiles y militares, y todos los institutos escolares. En los otros siete días se celebraron veladas literarias, exposición artística e industrial, instalación de la plaza de mercado cubierto, de la capilla del hospital y de la casa de corrección de menores: retretas, fuegos artificiales, ejercicios hípicas, carreras de caballos y, por último, inauguración de un elegante Kiosco en la plaza de Bolívar, regalado a Manizales por la colonia medellinense. Todo esto dió al festival gran solemnidad y animación.

Para terminar este trabajo, daremos una corta reseña de las fiestas del Congreso Eucarístico celebrado a principios de Septiembre del año de 1913.

Este Congreso promovido por el Doctor D. Rafael María Carrasquilla, ilustre Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y decretado luego por la Conferencia de todos los Arzobispos y Obispos de Colombia reunida a la sazón en Bogotá, ha exhibido a Colombia ante el mundo, no sólo como pueblo profundamente católico, sino a la vez como nación verdaderamente civilizada, con esa civilización que ha dado al mundo la Religión cristiana, única fuente de efectiva cultura social de los pueblos.

El centro del Congreso Eucarístico estuvo en Bogo-

tá; pero las solemnes fiestas se extendieron por toda la Nación. Empezó esta simpática fiesta el día 7 de Septiembre y duró hasta el 14 del mismo mes.

El católico pueblo de Manizales dió en esos días las **más espléndidas** muestras de amor, veneración y devoción al Santísimo Sacramento del Altar. Aquello era una corriente de innumerables fieles de todas las clases sociales, sin distinción, afluyendo a los templos a rendir homenaje al Eterno Redentor y Salvador del mundo, en su augusto Sacramento, que es el más estupefundo milagro de caridad y de amor, y que será por siempre el amparo de nuestra católica Nación.

Particularmente en la gran procesión del día 14, se hizo aquí derroche de buen gusto, suntuosidad y abnegación casi increíble: las casas y calles adornadas espléndidamente, vieron pasar en desfile imponente toda la población de la ciudad, que observaba el más completo silencio; con un aguacero torrencial que duró todo el tiempo de la procesión, todo el mundo empapado, seguía reverente la augusta Custodia que contenía el Pan del Cielo, y nadie se retiró; y todos, desde los miembros del Clero, los magnates, los gobernantes, hasta el ínfimo pueblo, todos recorrieron la larga carrera de la procesión hasta su fin, con una alegría y satisfacción encañadoras.

Así se muestra nuestra simpática ciudad de Manizales digna de las bendiciones del cielo; y así crece, se engrandece y enriquece, y así se hace digna de figurar entre las ciudades de Colombia como igual a la mejor.

Réstanos, para finalizar este corto trabajo, referir una bellísima fiesta con que Manizales puso término al año de 1913, tan surtido de incidentes dignos de recordarse.

Los jóvenes D. Jaime Gutiérrez, Dr. Gerardo Arias M. y otros, proyectaron ofrecer un refresco de Noche-buena a 500 niños pobres de los más infelices de la ciudad, el día 25 de Diciembre. Comunicaron esta feliz idea a otros jóvenes y a las señoras; éstas se entusiasmaron y resolvieron cuadyuvar a tan simpática obra de caridad, y se propusieron completar el beneficio ofrecien-

do a los pobrecitos niños no sólo alimentos sino vestidos, juguetes y frutas.

La fiesta se preparó con un mes de anticipación, y en todas las casas se notaba la actividad con que se cortaban y cosían vestidos, se preparaban manjares de noche-buena, se reunían juguetes y se ensayaban villancicos para cantarlos durante la función los niños de familias acomodadas, quienes habían de ofrecer a los pobrecitos los juguetes y las frutas.

La fiesta se hizo en el gran patio que precede al edificio del Colegio universitario. El desfile empezó a las doce en la Catedral, ordenado y dirigido por personas honorables de ambos sexos. La música marcial los acompañaba y la fuerza pública les hacía la guardia. El Ilmo. Señor Obispo, una gran parte del Clero, el señor Gobernador y demás empleados, y un inmenso pueblo acompañaron a los niños hasta el lugar del banquete.

Era enternecedor el cuadro que ofrecía a la vista el Ilmo. Señor Obispo, con mandil, repartiendo por sí mismo natilla, buñuelos, dulces y golosinas a esas pobres criaturas que nunca se habían visto tratadas con semejante magnificencia. Las más distinguidas señoras y señoritas, llenas de complacencia, con la sonrisa en los labios, vestidas de gala, al par de los más gallardos caballeros, repartiendo comida, dulces, frutas, vestidos, juguetes y toda clase de golosinas, en compañía de los niños ricos, a los hijos de la clase más miserable y desvalida de la sociedad, todo ello amenizado con los cantos de villancicos que entonaban las niñas y niños de la alta clase; y toda aquella numerosísima y selecta concurrencia gozándose en tan bello espectáculo.

Pasaron de mil los niños pobres de ambos sexos que fueron regalados con magnificencia en ese día, memorable para siempre.

Era de ver cómo iban saliendo, después de cuatro horas de tan halagüeña función, los pobrecitos niños y niñas, cada uno con un atadito bajo el brazo, que contenía el vestido que la Caridad le acababa de ofrecer, y con un taleguito en la mano, en que llevaba para su

casa las sobras del rico banquete que acababa de disfrutar.

Aquello fué grande, espléndido, encantador. Los jóvenes promotores y organizadores de la fiesta recibieron entusiastas felicitaciones.

Y todo el mundo, plenamente complacido, expresaba el deseo y la esperanza de que cada año se repitiese tan encantador y cristiano espectáculo.

Damos aquí por concluída la labor que nos propusimos. Quiera Dios que nuestros conciudadanos reciban con bondadosa indulgencia estas páginas, que no tienen otro mérito que ser la expresión de la verdad.

FIN.

Manizales, Enero 22 de 1914.

